

BIBLIOTECA DEL PUEBLO

MISTERIOS

BUENOS AIRES

MEMORIAS

DE UN

VIGILANTE

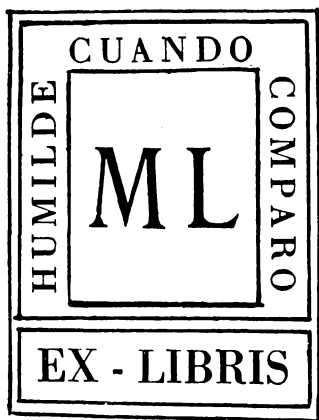
POR

Tabio CARRIZO

F. Fortuny

BUENOS AIRES

1897.



MISTERIOS DE BUENOS AIRES

MEMORIAS DE UN VIGILANTE

.

**Es propiedad exclusiva
del autor.**

BIBLIOTECA DEL PUEBLO

MISTERIOS DE BUENOS AIRES



Memorias de un Vigilante

POR

 RÍO CARRIZO



EN VENTA

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS DE LA REPUBLICA

BUENOS AIRES

1897

AL LECTOR

Al fundar la BIBLIOTECA DEL PUEBLO no hemos tenido, por cierto, una idea de lucro: la literatura nacional no es tan próspera que puedan fundarse esperanzas comerciales en ella.

No obstante, hemos querido contribuir con nuestro grano de arena á su desarrollo y por ello hemos comenzado la publicación de "Los Misterios de Buenos Aires". Esta obra, constará de una série de cinco pequeños volúmenes, impresos sencillamente, á fin de que su costo sea todo lo reducido que es posible y esté al alcance del mayor número. El primero de la série ó sean las "MEMORIAS DE UN VIGILANTE", es comprensivo de los otros cuatro que le seguirán, que son correlativos y formarán entre

todos la historia completa de la vida de un hijo modesto de nuestro pueblo, que se eleva en su condición social, debido únicamente á su esfuerzo y á su tenacidad en la lucha por el mejoramiento de su espíritu.

Como accesorio, se pinta el medio en que el héroe ha desarrollado su acción y los espíritus observadores y curiosos encontrarán en estas páginas sencillas, mas de una anécdota picante y mas de un detalle original, de esos que sirven de por si, no solamente para perfilar una época, sino tambien la indole de un pueblo.

Ojalá nuestro esfuerzo obtenga el aplauso de nuestros contemporáneos y podamos dar á la "BIBLIOTECA DEL PUEBLO" la amplitud y el desarrollo que anhelamos.

EL EDITOR.



I.

DOS PALABRAS.

No abrigo la esperanza de que mis recuerdos lleguen á constituir un libro interesante: los he escrito en mis ratos de ócio y no tengo pretensiones de filósofo ni de literato.

No obstante, creo que nadie que me lea perderá su tiempo, pués, por lo menos, se distraerá con casos y cosas que quizás habrá mirado sin ver y que yo en el curso de mi vida me vi obligado á observar en razón de mi temperamento ó de mis necesidades.

II.

EN LOS UMBRALES DE LA VIDA.

Mi nacimiento fué como el de tantos: un acontecimiento natural, de esos que con abrumadora monotonía y constante regularidad, se producen diariamente en los ranchos de nuestras campañas desiertas.

Para mi padre, fuí seguramente una boca mas que alimentar, para mi madre una preocupacion que se sumaba á las ocho iguales que ya tenía y para los perros de la casa y para los pajaritos del monte que nos rodeaba, una promesa segura de cascotazos y mortifi-

caciones que comenzaría á cumplirse dentro de los tres años de la fecha y duraría hasta que los vientos de la vida me arrebataran, como á todos los congregados por la casualidad bajo aquel techo hospitalario.

Concluía quizás la primera década de mi vida, cuando un buen día llegó á la casa una tropa de carros que, desviándose del camino que serpenteaba entre las cuchillas, allá en la linde del monte, venía á campo-atraviesa buscando un vado en el arroyo, que disminuía en una mitad el trecho á recorrer para llegar al pueblo mas cercano.

El capataz habló mucho con mi padre y este derrepente me hizo señas de que me acercara y dijo:

— Este es el muchacho! Como obediente y humilde no tiene yunta : el otro que podía igualarlo se nos murió la vez pasada! Como conocedor del monte y del arroyo, lo verá en el trabajo!

A mí me zumbaron los oídos y no pude saber lo que el hombre contestó: sin embargo me dí cuenta, así en general no más, de que ya no podría extasiarme á la sombra de los espinillos florecidos viendo como las lagartijas se correteaban sobre la cresta de los hormi-

gueros, haciendo relampaguear sus armaduras brillantes, ni pasarme las horas muertas escuchando el contrapunto de las calándrias y



de los zorzales, estimulados por el lamento de los boyeros parados al borde de sus nidos, colgados allá en la extremidad de los gajos

más altos y flexibles de los molles y coronillos.

Mi padre me sacó de mi extásis con su voz ronca y varonil, esta vez impregnada de una dulzura desconocida :

— Oiga hijito! Vaya traiga su petizito bayo y ensilló! Va á acompañar á este hombre, que es su patrón!

III.

EL VAIVÉN DEL MUNDO.

Las corrientes del mundo me arrebataron y luché con ellas con suerte vária: ninguna ¡ay! volvió á traerme hasta los montes nativos y cuando un día—después de muchos años— volví á ellos, ya no guardaban sinó restos miserables escapados al hácha del montaraz y del pobre rancho y de la familia que lo ocupó ni el recuerdo siquiera.

¿Que fué de los míos?

¿Que fué de las hojas del tala frondoso en cuyas ramas flexibles mi madre colgaba la

cuna de sus hijos, aquel noque de cuero que la brisa mecía cariñosa?

¿Que fué de los trinos del boyero y del contrapunto de las calándrias y de los zorzales?

Solo quedan en mi memoria, como un recuerdo!

Sirviendo de guía á las tropas de carretas, picando estas cuando ya mis músculos lo permitieron, de peon aquí, de vago allá, llegó un día para mí dichoso y bendecido—porque es el origen de mi felicidad actual—en que una leva me tomó y puso punto final á mis correrías de vagabundo, perfilando sobre la figura mal pergeñada del pobre gaucho ignorante la simpática silueta del soldado.

Recuerdo, como si fuese ayer, las circunstancias en que fuí tomado y voy á tratar de pintarlas, no con la pretensión de hacer un cuadro sino con la intención de presentar una escena de nuestros campos, vulgar y corriente en tiempos no lejanos, pero hoy ya casi exótica debido á las exigencias de la vida.

IV.

DE ORUGA Á MARIPOSA.

Trás un galope de algunas leguas,—andaba de vago y era joven y aficionado al baile y las buenas mozas —llegué al viejo rancho desmantelado y solitario —veterano de cien tormentas — donde se iba á bailar, cosa que no era muy frecuente entónces, dada la escasez de población en aquellos parajes.

Al acercarme al palenque, ya pude contar cuantos me habian precedido en la llegada y hasta saber quienes eran: allí estaban sus caballos á modo de tarjetas de visita.

Primero, el petizo de los mandados — maceta y mosqueador — que buscando verse libre de las sabandijas ú obedeciendo á la costumbre de evitarlas, había ido retrocediendo hasta apartarse del grupo y sembrando el trayecto recorrido con las pilchas del muchacho á cuyo servicio lo había condenado la suerte, que nunca le fué propicia; luego los mancarrones de algunos gauchos pobres y de los viejos vagos del pago, con sus aperos formados con prendas de procedencia diversa y de mas diversa fabricación, con sus riendas peludas y anudadas y con sus cinchas enflaquecidas de puro dar tientos para remiendos; y, finalmente, algunos redomones bravíos, que al sentirme llegar yerguen las orejas, relinchan y se agitan, indicándome que ya hay mocetones que me harán competencia en el corazon de las dueñas de esos otros pingos — cuidados y lustrosos, tuzados con coquetería y cuya crin ha servido para dibujar ya un arco atrevido, ya una guarda griega caprichosa, y que lucen bozales tan primorosos y cabestros tan llenos de bordados y de adornos.

Son pingos del andar de gente presumida y y hasta con respuntes de elegante: mozas.

Prévio el consabido ladrido de los perros —

arrancados por mi llegada á un sueño plácido y tranquilo—el relíncho de los redomones del palenque, los saludos del dueño de la casa y *las vichadas* de las mozas y mocetones que cortos con los forasteros, se han ocultado en el rancho — eché pié á tierra y fuí á sentarme en el ancho patio recién barrido y carpido, que á la noche serviría de salon de baile, iluminado por la luna plácida y serena, aquella luna de mi tierra que veo al través del tiempo, quizás embellecida por el recuerdo.

Los preparativos para la fiesta, estaban en lo mejor.

Allá, atrás del rancho, formado por una pieza grande de paja—quinchada—había un remedo de otra, formada por cuatro cueros de potro y algunas ramas mal atadas, que pomposamente se denominaba con el simpatico nombre de *la cocina*.

A través del agujero que le servía de puerta y por entre la nube de humo que vomitaba, veía desde donde estaba sentado, un hacinaamiento de cabezas, alumbradas por la llama temblorosa del fogon.

Entre risas ahogadas y cuchicheos, oía el canto monótono de la sartén en que se freían montones de pasteles dorados, que espolvo-

reados con azúcar rubia, veía pasar á cada rato por delante nuestro, llevados de á seis ú ocho—máximun que podía contener el único plato de loza que había en la casa—con destino al depósito general, que estaba en la pieza de paja, bajo la custodia de una vieja vigilante, tia respetada de algunos muchachos greñudos y cara-sucias, que de vez en cuando se asomaban por ahí, espiando el momento de dar un malón con suerte.

Eran atraídos por el olor apetitoso y agradable de los pasteles, que corría por todo el rancho y que al penetrar por la nariz ponía en juego las glándulas salivales y hacía caer los estómagos en sueños deleitosos y en éxtasis bucólicos.

Bajo su influencia, uno llegaba hasta olvidar que los tales pasteles estaban guardados en un viejo fuentón de lata, bajo la cama, en compañía del antiguo cajón de fideos, hoy humilde depósito de tabaco para el uso de la patrona, y expuestos á las correrías irrespetuosas de las pulgas matreras, que pasan su vida viajando de los perros á sus dueños y de estos á los perros, hasta encontrar algún benévolo forastero, que, apesar suyo, las lleve por ahí á tierras lejanas.

Ya una veintena de mates amargos y sabrosos, como que eran cebados por un muchacho roñoso—todo un maestro en el arte—habían pasado á mi estómago, haciéndome olvidar la fatiga y el cansancio, cuando las mozas y los mozos, que habían andado por ahí á salto de mata, ya más familiarizados con los forasteros, empezaron á dejar sus escondites poco á poco.

Ellos se acercaban serios y graves, nos daban la mano—á mi y á otros convidados desconocidos que estábamos como en asamblea,—con el brazo rígido como si fueran á pegar una puñalada ó *á asegurar un ñudo*, murmuraban algo que no se entendía y luego se sentaban en rueda, con toda simetría, tratando á fuer de bien criados, de colocar los pequeños bancos de una cuarta de alto y formados por un trozo de madera pulido por el uso y las asentaderas y con las cabeceras llenas de pequeños cortes producidos por el cuchillo *al picar el naco*,—de modo á no dar la espalda á nadie.

Y allí se quedaban con las piernas dobladas y el cuerpo encojido, en esa posición en que se encuentran las mómias incásicas en sus urnas de barro, pintarrajeadas.

Mas allá, parados, con los piés cruzados, un pucho coronando la oreja medio perdido entre una mecha rebelde que se escapa del sombrero descolorido y ajado, están los gauchos pobres y ménos considerados, con sus chiripaés rayados, sus camisetas de percal y sus rebenques colgados en el mango del facón, atravesado en la cintura y que asoma por sobre el culero fogueado por el lazo ó por bajo el tirador, cuando mas sujeto por una yunta de bolivianos falsos.

Ellas, las mozas, venían en grupo, disimulando su turbación con una sonrisa y haciendo sonar sus enaguas almidonadas y sus vestidos de percal — tiesos á fuerza de planchados — y que cantaban alegremente al rozar el suelo.

Se sentaban en hilera, graves, por mas que la alegría les rebozaba: se ponían sérias, pero la risa les chacoteaba entre las pestañas largas y crespas, jugueteaba sobre sus lábios y se arremolinaba, allí, en las estremidades de la boca.

Pronto la conversacion se hizo general, la fuente de pasteles se puso al alcance de las manos y la familiaridad comenzó á desarrugar los ceños adustos y á alejar las desconfianzas.

Más mozos y más mozas continuaron llegando y de recepción en recepción y de pastel en pastel, fuimos alcanzando á la noche, que era la aspiración de todos.

Al fin llegó y con ella los guitarreros que eran tres: un viejo tuerto — verdadero archivo de cicatrices — y dos parditos, que eran sus discípulos, los voceros de su fama y futuros herederos de su clientela en el pago.

Se colocaron los bancos en rueda, destinando el frente que daba al rancho — sitio de honor — para los guitarreros, para las mamás y para los mosqueteros de más consideración, luego seguían las mozas que entrarían en danza y la turba-multa de mirones y de asistentes.

El bastonero, que era el dueño de casa, se situó en un punto cómodo para abarcar el conjunto y hacer la designación de parejas con la mayor estrictez y mientras se acordaban las guitarras, empezó á estudiar la concurrencia para — con conocimiento de causa — poder hacer combinaciones que pudiesen satisfacer las aspiraciones de todos: enamorados-bailantes y bailantes solamente.

Cómo latía el corazón en la esperanza de que fuera la moza de su simpatía la que le to-

cara á uno en aquel reparto de beldades, que duraría lo que durase la pieza!

¿Conmover al bastonero con una súplica? Pero si eso era un sueño irrealizable!

Un criollo bastonero era inmovible, y, sobre todo, tenía demasiada admiración por las elevadas funciones que desempeñaba para entrar en familiaridades con nadie.

Baste decir que ní a sus sobrinos tuteaba en esos momentos, por no rebajar su autoridad!

Organizadas las parejas, sonaron las guitarras y se dejaron oír los acordes de una polka en que trinaban las primas y las segundas y no tanto destinada á ser bailada cuanto á demostrar la habilidad de los ejecutantes: era como un punto de atención echado por el viejo guitarrero.

Los mocetones más empilchados y ladinos fueron los que debutaron. Metidos en sus grandes botas de charol, con el taco como aguja y con todo el frente bordado, daban vueltas pretenciosas de elegantes, pareciendo muñecos movidos por un mismo resorte, tál era la precisión con que seguían el compás que el *máistro* marcaba con la cabeza.

El bastonero—para satisfacción de las ma-

más que se le dormían á los pasteles y al mate, agrupadas alrededor de los guitarreros—circulaba entre las parejas diciendo cuchufletas y haciendo con su frase sacramental—¡que se vea luz, caballeros!—que las aproximaciones no fueran más allá de lo lícito y honesto.

Concluida la polka, las parejas se deshicieron: las mozas, después de sacudirse las polleras para quitarles la tierra, tomaron asiento y comenzaron á torcer sus pañuelos, á *sacarse mentiras* ó á alizarse el jopo, para dar ocupación á las manos, que ociosas les incomodaban, mientras los mozos volvían sonrientes á nuestras filas, de donde el bastonero los sacaba de uno á uno, para hacerles probar de cierta caña con cáscara de naranja, que tenía reservada para los preferidos.

Volvieron á sonar las guitarras, haciéndose oír un rasgido alegre y armonioso; era un gato que bailaba solo de puro sentido y bien tocado.

Dos parejas salieron al medio de la rueda. La segunda que era puramente decorativa pasaba desapercibida: la primera era formada por un mocetón de color bronceado,—vistiendo ámplio chiripá de grano de oro, caído hasta el taco de la charolada bota de campana,

camiseta de merino negro tableada, pañuelo volador de seda punzó, sombrero chambergo de felpa con un barbijo lleno de borlas que le castigaban la nariz y la barba—y por una moza, no mal parecida, que lucía entre el cabello negro y lustroso, un ramo de fragantes claveles rojos y que indudablemente era la consentida del mocetón.

Debutó él con un saludo y luego con un zapateado en que lucía todas las gracias de sus piés adiestrados, siguiendo al mismo tiempo el compás, mientras el guitarrero se desgañitaba gritando con voz gangosa “salta la perdiz madre!” y ella, la consentida, se hacía la que huía de los ataques del animalito que era empecinado y la seguía haciendo resonar el suelo con el acompasado golpeteo de sus piés.

Iba á terminar la pieza, cuando de allá de la última fila de mirones y gauchos pobres, salió una voz que dijo *¡barato!* mientras avanzaba á reemplazar al mocetón—que parecía ceder su puesto de mala gana—otro, que era su rival y que, aunque mas despilchado, tenía la habilidad de cantar y no dejaba de ser famoso en el pago.

Su aparición fué aplaudida, y la muchacha,

encendida, se remilgó y trató de lucir toda su gracia al que le daba tál prueba de distinción.

Cuando llegó el momento del canto, moduló con voz llena de dulzura aunque emitida por la nariz, unas coplas llenas de sentimiento en que había una que envolvía todo un piropo que venía como de molde.

Las muchachas bonitas
Son perseguidas,
Como la azucarera
Por las hormigas !

Y remató su canto con un escobilleo que arrancó voces de admiración: los piés se movían con tal presteza, mientras el tronco permanecía recto, que era imposible seguirlos con la vista.

La muchacha volvió á su asiento y el mocetón quedó gozando de su triunfo, orgulloso y satisfecho.

La caña hizo su aparición llevando la alegría á todos los corazones y los guitarreros, después de tocar un triste, en que palpitaban todos los anhelos de una alma enamorada, comenzaron á puntear un pericón con todas las reglas del arte.

Salieron las parejas al centro, elegidas con

cuidado por el bastonero entre los mozos y mozas de más fama.

Hicieron la demanda, algo como la primer figura de la cuadrilla—con mucho garbo y donaire, rivalizando ellos en gravedad y ellas en sonrojo — y vino el alegre que permitió á un aficionado, mientras las dos parejas valsaban ; lanzar su nota quejumbrosa :

Las estrellas en el cielo
Forman corona imperial,
Mi corazón por el tuyo
Y el tuyo no sé por cual !

Y concluyeron su danza con el cielo — pasadas las peripecias de la cadena—en que los bailarines coronaron su esfuerzo haciendo castañetar los dedos á compás de la música y con gran habilidad, mientras las guitarras gemían con un vals lleno de sentimiento y armonía, de esos que según la espresión consagrada, levantan de los pelos.

Y trás el pericón vino un triunfo donde se floreó aquel que fué héroe en el gato y que endilgó estas indirectas á su moza :

Dicen que las heladas
Secan los yuyos,

Así me voy secando
De amores tuyos!

Este es el triunfo, madre,
Dueña del alma;
Mas quiero dulce muerte
Que vida amarga!

—

Ni *unque* todos se opongan
Los doloridos,
No hay dolor que se iguale
Al dolor mio!

Este es el triunfo, madre,
Dáme la muerte,
Dámela despacito,
No me atormente!

Y así siguió toda la noche la jarana, mientras la caña circulaba y los corazones anhelosos se buscaban, tratando de fundir en una sola todas sus aspiraciones.

Con los primeros rayos de la aurora se pensó recién en poner punto final á la fiesta y los guitarreros echaron el resto en una hueya de aquellas donde se oyen quejidos y risas,

donde se vén lágrimas y alegrías—verdadero reflejo del carácter de nuestro gaucho.

Las guitarras comenzaron á vibrar mientras uno de los cantores, gemía con voz gutural.

Por una ausencia larga
Mandé sangrarme.
Hay ausencias que cuestan
Gotas de sangre!

—
A la hueya, hueya,
Hueya sin cesar,
Abrásé la tierra
Vuelvasé á cerrar!

Y trás la huella, la concurrencia comenzaba á despedirse, y á dirigirse al palenque—unos en busca de sus pilchas para dormir por ahí en cualquier parte, otros para tomar sus caballos y buscar su rancho, solos, o acompañando á alguna de las damas que, llevando en ancas á su mamá, volvía al suyo,—cuando de repente un tropel de caballos despertó los ecos del campo dormido y coreada por ruidos de latas, pasos precipitados, ladridos de perros y ayes acongojados de las mujeres asustadas,

resonó extentórea una voz vinosa, que dominando aquel desconcierto, nos dejó como clavados en el puesto que cada uno ocupaba:

— Alto á la polecia!. . . . No se mueva naides.!

Vino el dueño de casa y se acercó al que gritaba, que no era otro que el sargento de policía que andaba de recorrida:

— ¿Que busca mi sargento por estos pagos? ¿En que le podemos servir?

— En nada, amigo!. . . . A ver caballeros, formensen en ese limpio: vamos á revisar las papeletas!

Cinco de los presentes carecíamos de semejante documento y algunos de ellos, como yo y el que después fué el cabo Minuto que murió en los Corrales en 1880, ni habíamos oido hablar jamás de tal requisito que debieran llenar los ciudadanos.

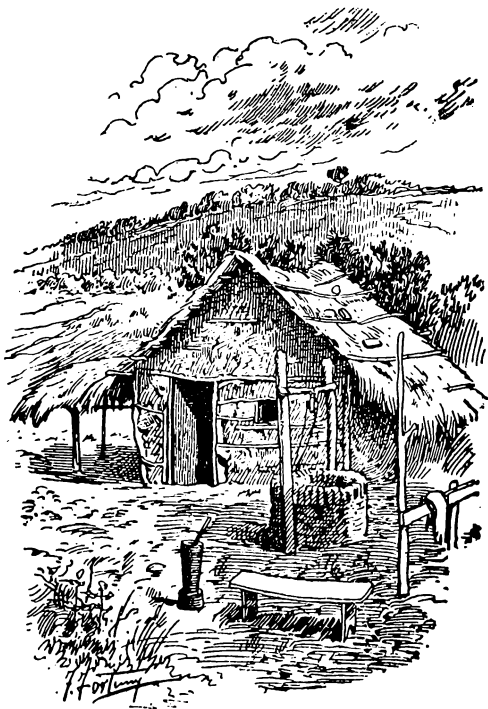
¿Quién se iba á ocupar en enseñarnos las leyes?

¿Conqué objeto?

Ya se encargaría el castigo de probarnos que no era bueno desobedecer los mandatos del Gobierno!

Escuso decir que hasta sin despedirnos del dueño de casa abandonamos el viejo rancho

bamboleante, rodeados por la partida y montados de a dos en mancarrones inservibles á



cuyas piernas hubiese sido una locura confiarles una esperanza de salvación.

Los fletes nuestros y nuestras pilchas me-

jores serían la presa de los piquetanos que nos habían cazado como á chorlos!

Ahí quedaban entre sus garras hambrientas!

Siempre he pensado, después, que estos procedimientos són el origen de ese ódio ciego, de esa invencible antipatía que los soldados de línea sienten por las policías rurales y que los hombres observadores no alcanzan á explicarse.

¿Trata uno de cobrarse las prendas tan injusta como infamemente arrebatadas en un momento de desgracia?

Puede ser.

El hecho es que cada vez que se vé una chaquetilla de infantería puesta sobre un pantalón particular, un sable golpeando sin gracia las canillas de un compadrito y un kepí con vivos colorados gineteando sobre una chasca enmarañada y estribando en los cachetes por medio del barbijo roñoso, el alma se subleva: uno recuerda los primeros dolores y las primeras humillaciones y por las dudas pela el machete para vengar sinó los agravios de uno, los de aquellos que más tarde han recorrido el áspero sendero.

V.

DE PÁRIA Á CIUDADANO.

Fuí soldado y me hice hombre.

Con el 6° de línea, adonde me destinaron por cuatro años como infractor á la ley de enrolamiento, recorrí la República entera y llevando en mi kepí el número famoso, sentí abrirse mi espíritu á las grandes aspiraciones de la vida.

Allí, en las filas, aprendí á leer y á escribir, supe lo que era orden y limpieza, me enseñaron á respetar y á exigir que me respetaran y bajo el ojo vigilante de los jefes y oficiales

se operó la transformación del gaucho bravío y montaraz.

Ah!

Qué día, aquel feliz, en que después de cuatro años de rudo aprendizaje tuve en mi brazo la escuadra de cabo 2º de la 4ª compañía!

Era alguien y esto es mucho para quien no había sido nada!

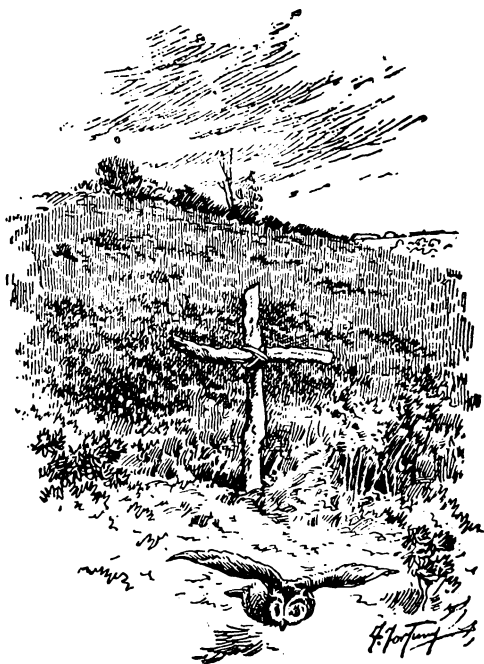
Ya no era el pária, el desheredado, el caballo pátria que cualquiera ensilla y nadie cuida: era el cabo Fábio Carrizo, el principio de aquel sargento 1º que en 1880 recibía su baja absoluta, después de diez años de servicios prestados donde quiera que hubiese flameado la vieja bandera, jurada allá en la cuesta de una loma en marcha para San Luis.

Aquel batallón fué mi hogar y fué mi escuela!

Hoy, cuando lo veo desfilar por las calles, siempre con el aire marcial á que obliga la tradición del número, busco en vano el rostro tostado de aquellos que conmigo tiritaban en los fogones de la frontera y ya no están!

Queda solo del tiempo viejo de las miserias sufridas en silencio, la gloriosa bandera deshilachada que tanta veces cuidé en largas horas

de angustia y cuya vista hace latir todavía mi corazón como en aquellas, dichosas, en que, al regreso de una expedición arriesgada de



la que muchos de los nuestros no volvían, era sacada para que el capellán dijera ante ella su misa por el eterno descanso de los que

quedaban allá entre las sinuosidades de las sierras, en el triste cementerio aldeano ó bajo el manto eterno de verdura de la pampa desierta y misteriosa!

VI.

EL TUFO PORTEÑO.

Se había extinguido la última chispa de aquel incendio que, comenzando en la Plaza de la Victoria, se propagó por toda la República y estuvo á punto de hacer revivir las épocas de barbarie que el tiempo y la civilización habían muerto en nuestra pátria, y auras de paz y de progreso corrian desde Jujui hasta el Éstrecho y desde los Andes al Atlántico.

Cumplido mi servicio, pulido mi espíritu hasta donde me había sido dado lograrlo y ansiando mezclarme al mundo de Buenos

Aires, que hervía á mi alrededor y me atraía como atrae siempre lo desconocido, pedí mi baja y me separé del 6º: como quien dice dejé mi casa y en ella todos los halagos de mi juventud, todas mis afecciones de la vida.

Con mi baja en el bolsillo y con una carta de recomendación de mi coronel, me presenté al señor don Márcos Paz, que era entonces el Gefe de Policia, en su despacho del Departamento viejo, que ocupaba lo que es hoy la Avenida de Mayo frente á la Plaza de la Victoria.

Cómo palpitaba mi corazón al encontrarme en el vasto salón, cuyas ventanas se abrían hácia la plaza en la cual yo contemplaba el hervidero de gentes que me atraía!

Oh!. . . . Cuánta ilusión durante las largas horas de espera!

Aquellos hombres que pasaban afanosos secándose el sudor de sus frentes, aquellos que con un cigarro en la boca caminaban despreocupados y tranquilos, yo los conocería en mi hora, yo sabría de las pasiones que los movian y de las esperanzas que los alentaban.

Y alguna, quizás, de esas preciosas mujeres que como en un relámpago pasaban en sus coches lujosos, deslumbrando mi vista, estaba

destinada á apartarse conmigo, allá, á una casita lejana, en cuyo umbral modesto irían á morir sin rumores las olas tempestuosas que me azotaran en las horas de lucha.

Y luego mi vista recorría con asombro los muros del despacho, empapelados de color granate; los muebles tallados de los cuales no tenía la menor idea y comparaba aquello—que yo creía la última expresión del lujo—con el destartalamiento de la carpa del coronel que, á nosotros, nos parecía suntuosa.

Era el punto de comparación que teníamos para darnos cuenta de la magnificencia de los palacios encantados que en sus cuentos nos describía el trompa Gareca, aquel viejo veterano que recibió el Sol del Ecuador á las órdenes de San Martín, que fué asistente del General Paunero en la guerra del Paraguay y que hoy duerme el sueño del olvido en las soledades de Las Manzanas!

Cayó durante uno de aquellos combates homéricos del General Conrado Villegas con el bravo Namuncurá y allá se quedó como se han quedado tantos — modestos y oscuros, de esos que cumplen el deber por el deber y á quienes los eunucos de la acción y del pensamiento, les llaman soñadores porque no

pusieron sobre todo, las exigencias de la béstia —sin que la pátria les recuerde por mas que le consagraron lo único que poseían: la vida!

Derrepente me sacó de mis sueños y contemplaciones la voz del ordenanza, quien tocándome en el hombro, me decia:

— Ahí está el Gefe. aproveche !

VII.

MOSÁICO CRIOLLO.

Avanzaba hácia mí un hombre alto, delgado, de color pálido, ceñudo, pero en cuya fisonomía serena se leía algo de bondadoso, que atraía:

— ¿Que se le ofrece paisano?

Solamente el himno nacional tiene notas comparables á las que yo encontré en esta frase sencilla: me pareció ver el sol dentro de aquel salón oscuro.

— Traigo esta carta para Usia es de mi coronel!

Rompió la cubierta, tomó la cartulina que contenía y luego de recorrerla, exclamó:

— Diez años de servicio sin un arresto y dos ascensos por acción de mérito!

¿ Que es lo que desea sargento?

— Querría servir con Usía en la policia!

— ¿ Conoce la ciudad, bien?

— No señor.

— Bueno! Ya se hará á la cancha! Vea, no tengo sino puestos de vigilante, pero aquí con buena conducta se asciende pronto.

— Está bien, señor.

Y diez minutos después recibía mi ropa en la mayoría y quedaba como vigilante en la guardia del Departamento.

El principio de mi carrera fué penoso y mortificante. Carecía hasta de las nociones mas elementales de lo que formaba la vida de ciudad y todo era para mi motivo de asombro y de curiosidad.

Las calles, los tramways, los teatros, las tiendas y almacenes lujosos, las jugueterías, las joyerías, las iglesias, no era estraño que me arrastraran hácia ellas con fuerza invencible y que no tuviera ojos ni oídos sinó para observarlas y asombrarme: era que todo me llamaba, todo me atraía.

No conocía ningún detalle de la vida civilizada y cada cosa que saltaba ante mi vista era un motivo de sorpresa. No hablo, por cierto, de las maravillas de la electricidad, de la fotografía, de la imprenta ó de la medicina, que eran cosas abstractas para mí en ese tiempo: hablo de los carros, de los carruajes, de los vendedores ambulantes, del adoquinado, del agua-corriente que no podía comprender como manaba de una pared con solo dar vuelta una llave, del gas que me producía verdadero delirio cada vez que pensaba en él, de las casas de vistas, de las vidrieras lujosas, del sombrero, de la ropa y hasta del modo de reír y conversar de las gentes.

Durante un mes, mi cerebro trabajó como no había trabajado durante todos los días de mi vida reunidos y de noche, las paredes desnudas de mi modesto cuarto de conventillo, me veían caer como borracho sobre mi cama, abrumado bajo el peso de las sensaciones de cada día.

Me acostaba y la barahunda de las calles zumbaba en mis oídos y desfilaban, en hilera interminable, las figuras heterogéneas que en el día habían pasado ante mi vista.

Veía las mesitas de fierro de los cafés y

confiterías de la Recoba, que dividía las plazas de la Victoria y 25 de Mayo — que años más tarde demolió el Intendente Alvear — rodeadas por borrachines paquetes, por otros ya transformados en verdaderos descamisados ó que estaban por serlo, por soldados y marineros barajados con clases, oficiales y hasta jefes y en las calles laterales y en las veredas, hombres cargados con canastas, que anunciaban en todos los tonos las más variadas mercancías, gentes apuradas que se llevaban por delante unas á otras, carruajes, carros, tramways y más lejos, allá abajo, en el puerto, máquinas de tren que cruzaban, vapores que silvaban, changadores que corrian, carros que andaban entre el agua como en tierra y sirviendo de fondo á la escena, el río imponente con su festón de lavanderas en el primer plano y en lontananza un bosque impenetrable de mástiles y chimeneas.

Pero lo que más me desvelaba eran las ilusiones del oído, aquellas voces pronunciadas en todos los idiomas del mundo y en todos los tonos y formas imaginables.

Veía venir un italiano bajito, flaco, requegado, que, con voz de tiple aunque doliente como un quejido, exclamaba acompasada-

mente " Pobre doña Luisa " " Pobre doña Luisa ", miéntras lo que en realidad hacía era ofrecer los fósforos y cigarrillos que llevaba



en un cajón colgado al pescuezo; otro alto, rollizo, con un cuello de media vara y llevando canastas repletas de bananas y naranjas excl-

maba con tono alegre “arránqueme esta espina”, mientras un francés que vendía anteojos, cortaplumas y botones anunciaba con un vozarrón de bajo “soy un pillo”, coreado por un vendedor de quesos que clamaba intermitentemente “tres colas negras.”

Luego, de allá, del fondo de la memoria, surgía la figura de un semi-gaúcho que, con reminiscencias de vidalitas, ofrecía su mazamorra batida y tras él un negro pastelero que silvaba y muy echado para atrás, muy ventrudo, llevando en la cabeza un gran cajón de factura, soplabá como un fuelle “ta tapaó, meté la mano.”

Mi cabeza era un volcán: todo lo oía, todo lo interpretaba y mi cuerpo se debilitaba en aquellas horas de agitación y de fiebre.

Buenos Aires entero con sus calles y sus plazas y su movimiento de hormiguero, bullía en mi imaginación calenturienta!

VIII

LOS BOCETOS DE UN MIOPE.

Y considerar que apesar de haber tanta gente á mi alrededor, de tener tantos compañeros en mi nuevo puesto, yo estaba sólo, sólo como si me hallara en el desierto!

No había en la multitud un alma que armonizara con la mia y envidiaba de corazón á los cabos y sargentos que de nada se asombraban y parecían saberlo todo, no sabiendo nada en realidad, y á los soldados como yo á quienes no les preocupaba lo que ignoraban, sinó lo poco que sabían y que tenían el coraje de estar alegres y de reir!

Con qué ahinco estudiaba mis obligaciones y cómo me contraía á mis deberes circunscribiéndolos al límite mas estrecho que era posible, tratando de aislarlos del mundo aquel que me rodeaba y que temía!

Pronto aprendí lo poco del oficio, que tenía que aprender y libre y despreocupado pude entregarme á la investigación paciente y minuciosa de todo lo que me rodeaba, á la observación metódica y tranquila de todo lo que veía y oía y cuánta conquista pude hacer para mi alma anhelosa de conocer y sedienta de vivir!

Tengo grabadas en la retina y para siempre lo estarán talvez, las escéenas callejeras que más me impresionaron, los cuadros de la vida que primero descifraron mis ojos y las primeras letras del abecedario social que aprendí á conocer.

Mi primer servicio en carácter de vigilante fuí á prestarlo á los veinte dias de mi ingreso, bajo la dirección del cabo Perez: el teatro elegido fué el Ministerio del Interior, donde se requería, por no sé que causa, ayuda de la fuerza pública.

El tal servicio consistía en estar parado en la puerta de la sala de espera. y en nada más,

Quince días pasé desempeñando mi comisión con toda conciencia, bajo la inmediata vigilancia del cabo, que era flamante, lleno de ardimiento y creía que las funciones que desempeñábamos, eran de esas que los pueblos ni los gobiernos olvidan y hacen de los que han tenido la suerte de ocuparse en ellas una especie de Dioses chicos; merecedores no ya de estatuas en las plazas públicas, sinó de ser tenidos como ejemplos en la historia de la humanidad civilizada.

Pobre Pérez!

Era español, como de treinta años y se tenía por bello, por valiente y por muy entendido en achaques de ordenanzas de policía. Casi no había buena cualidad atribuida por los hombres de una época á los que vivieron en otra, que él, con una modestia verdaderamente infantil, no se las atribuyera y tratara de convencer á los pocos con quienes tenía contacto en el mundo, que verdaderamente las poseía!

Era generoso y una vez casi lloró porque lo mandaron al Once de Setiembre y no le dieron dos pesos de los viejos para el tranway; era suertudo en lides de amor y la mujer se le escapó con un sepulturero de la Recoleta que se iba como administrador del Cementario de

Navarro; era sóbrio y por lo general lo arrestaban por ébrio y era valiente y hubo que darlo de baja porque desertó una consigna, perseguido por unos vendedores de diarios, que le quitaron el machete y el kepí.

Allí en el Ministerio se daba un corte bárbaro y aún me parece ver su figurita que parecía recortada de una caja de fósforos!

Con paso reposado, medía contoneándose el ancho corredor, miéntras yo estaba de facción en la puerta del salón de espera, casi al lado de la ventanilla correspondiente á la Mesa de Entradas y Salidas.

Invariablemente llevaba la mano izquierda apoyada en la reluciente empuñadura del machete, la derecha suspendida por el pulgar en la parte delantera del cinturón, jugando como al descuido con la cadena—vírgen seguramente en poder del cabo,—el kepí volteado con aire coqueto sobre la oreja y echando sombra sobre un ojo de color blanquizco, que parecia hacerle guiños á una nariz arremangada y carnuda que emerjia de entre unos bigotes semi-rubios y enmarañados que eran el orgullo de su propietario.

Con esto y con bañar su rostro en una sonrisa con pretensiones de picarezcamente

bonachona, quedaba perfilado el cabo Perez en toda su graciosa magestad.

Estas impresiones, que són las primeras que tuve de Buenos Aires, puede decirse, las tengo presentes, y las siento como si fueran de ayer: veo aún las escénas y las cosas, tal como se presentaron a mí, así en tropel, medio confusas, informes, barajándose de una manera infernal, figuras, espectáculos, diálogos, ruidos y hasta aire de personas absolutamente desconocidas, que yo encontraba en la calle ó veía en las antesalas del Ministerio en las horas de facción.

Durante mi corta comisión alcancé á conocer, con solo verlos caminar, á los vagos que pasan la vida en las antesalas buscando empleo, á los imaginativos que se creén en posesión de los puestos que anhelan porque han llevado al Ministro una carta de cualquiera que se les antoja de valimiento, á los pichuleadores, á los amigos de confianza de los escribientes y auxiliares, á los de otros que vuelan más alto, á los comisionistas, á los noticieros de los diarios, á las señoras honestas que buscan pensión y á las más interesantes aún que gestionan asuntos por cuenta ajena y que fueron las que estudié y observé con más deteni-

miento porque eran las que abundaban y las que constantemente tenía ante los ojos.

Las conocía por el aire de suficiencia que respiraban, por la magestad que como un perfume se exhalaba de sus personas y por el amaneramiento de todos sus gestos y ademanes.

No vagaban sin rumbo bajo los largos corredores de la Casa de Gobierno, buscando aquí y allá una oficina desconocida, como cualquier viuda que busca pensión, empleo para un jovencito que es una monada, ó beca para una señorita jóven pero honrada; no señor: ellas iban seguras á su objeto, serenas, tranquilas, y no necesitaban indicaciones ni lazarillos.

No se las veía en las antesalas haciendo esperas, porque conocían las horas del despacho y si se adelantaban por un caso fortuito, se paseaban en los corredores con aires de dueñas de casa, ó formaban en la rueda de los ordenanzas y porteros, donde salpicaban los comentarios banales ó los chismes corrientes, con la observación mordaz ó el relato pimentado, recogido de "los mismos lábios de los de la presidencia", "de los del Congreso" ó de cualquier otro foco de fama indiscutible.

Yo, en mi facción al lado de la Mesa de En-

tradas y Salidas, que es su teatro, las veía en toda su magnificencia y gozaba en grande viéndolas desfilan en su opulenta variedad.

Al principio creía en sus amenazas, en sus cóleras, en sus penas y hasta en sus súplicas; pero después me convencí de la realidad — comedia pura — y al cabo de dos ó tres días oía los diálogos con curiosidad, pero sin interesarme mayormente ni por el asunto ni por quienes lo trataban.

IX.

CINEMATÓGRAFO.

Se acercaba á la ventanilla trás la cual estaba el empleado encargado del despacho, una señora seria, pero con una seriedad de esas que llaman la atención en donde quiera y á cualquier hora y se sucedian los diálogos y las escenas.

— Para servir á usted! . . . ¿El expediente número 425, letra L, de la série H?

— Está en contaduría, señora!

— ¿En contaduría? . . . Pero que escándalo! Es inaudito!—Hacen seis meses que está en la misma oficina! Esa contaduría es una carreta,

señor! Seis meses para una simple toma de razón; usted vé que eso habla muy poco en favor de la administración nacional! A Dios gracias tengo buenas relaciones en la prensa y ya verá Vd la mosquita que le haré poner al señor contador. . . . ya verá Vd y se reirá!. . . ¿Y no sabe cuando vendrá ei tan célebre expediente?

— No señora. . . . no puedo decirle nada al respecto!

La señora se sonreía y exclamaba por si acaso, como quien tira un anzuelo por si pica:

— Muchas veces en Vds. pende el despacho!. . . . No me diga V. á mi; conozco muy bien lo que són oficinas!

Y no obteniendo respuesta á su jactancia se retiraba con un aire magestuoso y cedía el puesto á otra dama tambien de fuste, aunque bastante vivaracha y nerviosa.

— ¿El expediente N° 1004, letra P, sobre embargo de sueldo al vigilante Zacarías Machete. . . . un guardian que no le gusta pagar casa y que tiene unas costumbres que dá vergüenza!. . . Figúrese Vd. que. . . .

— Por órden del señor Ministro, señora, esos expedientes están reservados. . . . Són tantos que para firmarlos se necesita un mes entero. . . .

— Es decir que el público es nadie y que tenemos que aguantar. . . .

— Pero señora es que. . . .

— No me diga Vd., no me diga! Todo es porqué el Ministro no se incomode! Cuidado no se vaya á mancar firmando!

— Pero señora si es que.

— Yo sé bien, sí, lo que hay en todo esto; lo que se necesita para mover los asuntos, són recomendaciones, cartitas, empeños. . . y *aceite para la máquina*. . . . ! Pero déjese Vd. estar: yo veré al Ministro y le contaré lo que pasa! Se ponen Vds. á charlar y á tomar té y no llevan los asuntos á la firma! Ya verán Vds. el trote que les voy á meter!

— Pero señora. . . mire Vd: que está faltando en la oficina!

— Ahora mismo voy á ver al ministro y ya sabrá Vd. si estoy faltando!

El empleado vé que toda reflexión es inútil y se retira de la ventanilla.

La señora se aleja vociferando y maldiciendo de los empleados, de su falta de educación, de su descortesía con las señoras y jurando que les hará ajustar las cuentas aunque tenga que perder un ojo de la cara.

¡ Ya verán con su sobrino, noticiero de un

diario de oposición y mozo que tiene una pluma, que es un serrucho de reputaciones!

Y aparece trás ella otra señora, pero ésta no es como las anteriores sinó humilde, inocente y en su fisonomía no hay rasgo revelador de las tempestades que rugen en su alma.

—El expediente sobre concesión de bosques en el Chaco, iniciado por D. Palemón Tagliarín. . . . ¿podría Vd. informarme?

—¿Que número tenía, señora?

—El número no lo sé. . . . pero si Vd. me hiciera el obsequio de buscar por la letra. . . !

—Hay una enormidad de expedientes, señora, y me es imposible echarme á buscar entre ellos el suyo. así sin dato ninguno. . . . !

—Le agradecería señor que me lo buscara: es un favor! Fué presentado en Noviembre. . . .

El empleado, refunfuñando, comienza á remover enormes masas de papel y al fin extrae el codiciado expediente.

—Vaya. . . . aquí está! Hay una reposición de sellos!

—¿Que resolución tiene, señor?

—No puedo decírsela hasta que no me traiga Vd. três sellos.

— Pero señor soy una persona.

— Es inútil señora; yo no quiero que me caiga una multa. . . . Traiga Vd. los sellos y sabrá la resolución!

La señora sale y al rato vuelve, habiendo hecho el desembolso necesario para llenar el deseado requisito.

— Aquí está señor! ¿Podría decírmela. . . . ?

— Sí, señora. “Prévia reposición de sellos, no ha lugar y archívese”.

— Pero señor, qué escandaloso! ¿En qué tierra vivimos? ¿Es posible que haya gastado tantos pesos para tener semejante resolución? Esto es una pillería, un robo, una judería!!

— Señora yo no tengo la culpa! ¿Que le vamos á hacer?

— Ya verá Vd. lo que le vamos á hacer! Cómplice! Fariseo! Júdas Iscariote! Por que me vé así, no crea que soy lo que parezco; ahora mismo veré al ministro! . . . No ha lugar y archívese. . . . y entretanto al señor Mengano y al señor Zutano les conceden? Es claro, todos són de una cámara! Pero conmigo se han de ver las caras, no hay cuidado! Yo no tengo pelos en la lengua y se las he de cantar!

El empleado se retira con toda cachaza y

vá á ocupar su asiento, la señora sale de la oficina con una rapidéz de huracán, gesticulando y tartamudeando improperios contra el Gobierno y los empleados, y, todavía, al toparse conmigo me dá un encontrón y como un relámpago alcanza al cabo Perez que, siguiendo en sus paseos coquetos é inofensivos, ignora lo sucedido y le azota con esta frase, cuyo final vá á perderse allá en los vericuetos del zaguán que dá salida á la escalera, frente al despacho presidencial:

—Ladrones! . . . Ratas inmundas! . . . Permita Dios que venga el cólera y acabe con todos! Fariseos! . . . Asesínos!

X.

LA LINTERNA DE REGNIER.

Fué aquí, en este servicio, donde por primera vez conocí á don Tomás Regnier, mi compañero desde pocos días después y mi maestro siempre. Fué él, quién encontrándome perdido en medio de la multitud, sirvió de guía á mi alma, pudiera decirse infantil; fué mi maestro y fué el foco de luz que iluminó mi espíritu, proveyéndome de armas—él que era inerme— para emprender con vigor la pesada lucha por la vida.

Todas las tardes, invariablemente, llegaba á las antecámaras un hombre al parecer convaleciente de larga enfermedad, tal era su extrema palidez y la debilidad de toda su persona, que era desaliñada en grado superlativo. Vestía de negro, con levita y sombrero de copa, pero todo en un estado tal de ruindad y falta de higiene, que asombraba cómo las autoridades permitían la exhibición de miseria semejante. No obstante, era correcto: las prendas podían ser como eran, viejas y súcias, pero no le faltaba ninguna de las correspondientes al rango de su traje, que él llevaba con toda magestad y respeto, contrastando singularmente con su miseria y la exigüidad de su persona —pues sobre ser enclenque era de una estatura reducida á la expresión mas mínima—la suficiencia y hasta diría la importancia que trasudaba.

Todo en él era altisonante, desde el taco torcido de sus viejos botines deslustrados—que él al caminar tenía la pretensión de hacer sonar con toda prosopopeya y acompasadamente, pues su andar era cadensioso y casi pudiera decirse rítmico, — hasta el lente que cabalgaba sobre su fina nariz aguileña y el cual no conteniendo sino un vidrio pues el otro se había caído, daba á su fisonomía una expresión grotesca marcadamente satírica.

Yo lo veía llegar, avanzando despacio, tranquilo, despreocupado, con su cuello erguido, la cabeza levantada con cierta insolencia de buen



tóno y con su levita que se caía á pedazos, sus pantalones deshilachados y grasientos y su galera y la corbata y hasta el bastón que

llevaba bajo el brazo, lo mismo, y trataba de averiguar, aunque fuera por deducción, el objeto que lo traía diariamente al despacho.

Se sentaba en el rincón mas oscuro del salón de espera durante unos veinte minutos, permanecía quieto y silencioso y luego se retiraba tal como había venido, si por acaso no encontraba al mayordomo Luis Morel, persona que hacía el servicio especial del Ministro. Si lo encontraba, la escena tenía una variante, pues el mayordomo lo llevaba al cuarto de los ordenanzas, le daba una taza de café con galletitas,—que él tomaba en silencio y muy despacio— y luego se ausentaba con la misma prosopopeya, y la misma importancia y el mismo pasito cadencioso y rítmico con que había venido.

Los ordenanzas y porteros no lo conocían, y por lo que pude notar lo miraban con desprecio, llegando uno, que abrigaba rivalidades mayordomezcas, á decirme con socarronería :

—Es un amigo del hombre de confianza del Ministro! persona muy bien relacionada, como Vd. lo vé!

El cabo Perez no se dignaba bajar la vista hasta él y cuando le pregunté quien seria el personaje, me echó una mirada fulminante con

su ojo blanquizco que brillaba bajo la visera del kepí y me dijo:

—¿Crée que yo voy á conocer *eso*?
¿No vé que es un atorrante de levita?

La respuesta no me satisfizo y me prometí interrogar al mayordomo en primera oportunidad; parecia este un buen sujeto, contra la opinión de los murmuradores que se reunian en el cuarto de los sirvientes y ordenanzas y apesar de la actividad que yo lo veia desplegar y del aspecto de hombre ocupado que siempre tenia y que sus subordinados interpretaban como signo visible de servilismo y adulonería, cosa que á ellos— hombres altivos é independientes— no les cuadraba.

No tuve necesidad, no obstante, de recurrir á informaciones de nadie; una tarde mi hombre se acercó espontáneamente y, con acento francés muy pronunciado, me dijo confidencialmente y mirándome á medias, pués lo hacia con el único ojo que cubria su lente y entre cerrando el otro, mortificado por la luz:

— Diga, vigilante.! No lo ha visto al mayordomo?

—No señor.ayer no lo ví tampoco!

—¿Tampoco, eh?Pues entónces estará enfermo!

Y luego de quedarse un rato pensativo, me dijo con una dulzura infinita:

— Es lástima!. Mañana tengo que ir á la Convalecencia. ¿sabe? . . . porque me vá á dar el ataque y. Caramba!. . . . el mayordomo me dijo que me pagaria el tramway porqué está lejos y no puedo caminar.

— Si quiere. tome!

Y metiendo la mano al bolsillo, saqué cinco pesos de la antigua moneda y le dí.

Me miró como asustado, parpadeó el ojo que quedaba sin vidrio y me dijo como alelado:

— Vaya, gracias. . . . amigo vigilante. . . . ! Voy á traerle el vuelto. porqué, como comprenderá, no tengo cambio y, después, el enano ese que me persigue ¿sabe? puede ser que sople en su caracol y entónces aunque haya baile me vá á comenزار la picazón de la nariz y no voy á poder ir al Banco, porque lo cierran de miedo al enjambre de hormigas que acompañan al maldito enano, ese. !

Comprendí que el hombre era un enfermo y que la alegría que acababa de recibir, le había quitado el poco seso que solía tener y dije para distraerlo:

— Deje el vuelto no más, no se preocupe: otro dia me lo dá.

—Ah! Sí! Bueno!

Y luego pasándose la mano por la frente exclamó como quien vuelve de un sueño :

—Vé? Ya se me iba la cabeza!
Amigo, que cosa! No puedo pensar en nada!

Y me contó con toda lentitud y en voz muy baja, su enfermedad y como cada tantos días tenía que ir á recluirse en el Hospicio de Dementes donde lo asistían con mucho éxito, pués, momento á momento se iba sintiendo en salud.

Pobre Regnier!

¿Quién me hubiera dicho que él, el pobre enfermo que en esos momentos tenía ante mis ojos, y á quien miraba compasivo, llegaría en día no lejano — cuando por segunda vez nos halláramos en la vida — á tener una influencia tan decisiva en mi destino como en realidad la tuvo?

Fué él quién me puso en el sendero de la dicha, quién abrió mi espíritu á la luz vivificante del saber y quién despertó en mi alma los anhelos y las esperanzas que fortificaron y alentaron mis ambiciones, formándome con la experiencia de su vida asendèreada de bohemio y de vagabundo, una sólida plataforma

que me permitiera elevarme sobre el nivel vulgar á que me condenaban mis condiciones personales y el médio en que me agitaba.

¿Qué maestro mas amoroso pude tener?

Conqué pasión de enfermo, conqué persistencia de maniático emprendió la tarea de ilustrarme y de educarme!

En las horas de descanso del dia presente —cuando en el jardin de la casita en que vivimos, lo veo rodeado de mis hijos que le llaman abuelo, pulcramente vestido de negro, aunque conservando el mismo paso cadencioso y rítmico de los primeros dias en que le conocí— suelo evocar los viejos recuerdos y comparando mi existencia de los dias oscuros con los que después alcancé, comprendo cuánto le debo y cuál fué mi suerte al encontrarlo en el camino de la vida!

XI.**BROCHAZOS MINISTERIALES.**

Dos días después, al llegar una tarde al Departamento, trás quince días de facción en el Ministerio del Interior, se me comunicó que debía presentarme al siguiente en la Comisaría 2.^a á cuyo personal quedaba adscrito.

Adiós vida regalona y tranquila!

Salve días oscuros y brumosos!

Esa noche ví pasar ante mis ojos, en sueños, la figura plácida del Ministro del Interior, con sus cuidadas patillas canosas, sus verrugas

y lunares y la eterna sonrisa bondadosa conque acompañaba sus saludos graves, correctos y parcimoniosos.

Trás él iba también la turbamulta de buscadores de empleos, que formaban su séquito ministerial y que según la voz corriente en antesalas, jamás se desengañaba y raras veces conseguía lo que buscaba, pues si bien el hombre era servicial y generoso, el Ministro no tenía medios como satisfacer sus exigencias, siempre crecientes.

Pasó ante mí, siguiéndolo, el viejo sargento del tiempo de Rosas que se sentaba en la cuarta silla de la izquierda; el señor calvo que se reunía en uno casi invisible, con que quería taparse la oreja, los pocos mechones dispersos que poseía; el caballero cordobés que promiscuaba entre esta antesala y las de los demás Ministros y cerrando la marcha de la larga fila interminable, los habituales del despacho, los amigos de confianza: un señor que más tarde he visto de comerciante de fuste, otro medio francés que era periodista y que después he encontrado de librero; un periodista fogoso que luego ha sido orador político é historiador de vuelo y un coronel, que según la voz corriente circulada por "El Cascabel" que

redactaba esa pléyade de inteligencias vigorosas que después ha tenido tanta actuación en nuestra pátria—“comandó con gran denuedo los Lanceros de la Muerte, que se murieron de miedo”.

Y mas léjos, atrás de todos, el mayordomo Luis Morel, siempre apurado, perseguido por el ordenanza, su rival, que iba lanzando pullas agudas contra el Ministro y analizando su costumbre de tener cigarrillos para su uso y otros para convidar y de alumbrarse con vela durante el día, teniendo el despacho casi á oscuras!

Este rival del mayordomo, era el propagandista mas asíduo de las versiones contra el Ministro y tengo la seguridad de que la mayor parte de los cuentos que circulaban en la Casa de Gobierno, como una cosquilla, eran hijos de su lábio maldiciente.

Una vez lo ví rodeado de todos los ordenanzas del Congreso, que andaban en no sé que gestión ministerial, y se entretenían en contar el modo de ser y de vivir de cada congresal, en aquilatar sus méritos como oradores y sus probabilidades de reelección, en criticar su vestuario y hasta en vituperar su procedimiento dentro de la Cámara:

—Ese es bueno, dijo uno, refiriéndose al señor José Fernandez, caudillo de la Boca del Riachuelo cuando puede, sirve: es medio camandulero cuando no puede, pero tiene alma!

—Hombre, interrumpió el rival del mayordomo, decile que aprenda de mi Ministro que sirve con palabras desleídas en sonrisitas! Mirá! Aquí verás siempre las antesalas llenas de la misma gente: són personas que esperan durante meses un maná que nunca llega y siempre están contentas!

—No digás!

—No digás? Pero si es sabido! Y el proceder es sencillo! Cuando hay una vacante de administrador de correos en algún pueblito de la frontera ó de Jujuí, de esos que ganan diez pesos ¿sabés? la guarda y empieza à hacer entrar los penitentes.

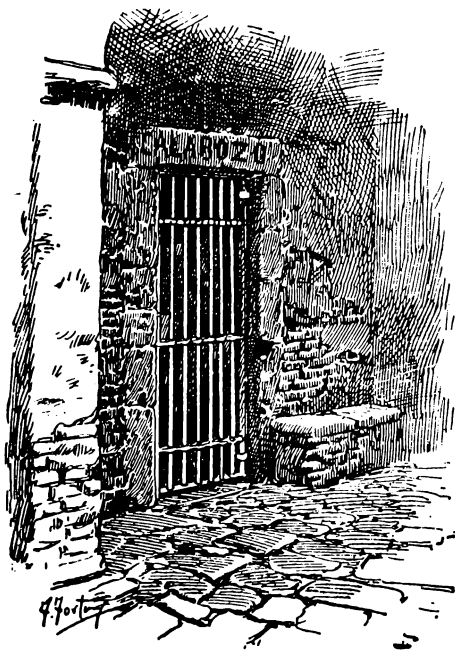
—Claro! Y los pobres no agarran!

—Qué ván á agarrar! Y ahí empieza él con sus sonrisas y sus disculpas: “no hay más; por esto verá que no lo olvido; otra vez será” Y los hombres se retiran satisfechos y como vinieron!!

XII.**ENTRE - TELONES POLICIALES.**

Una mañana en que habia llegado á la Comisaría y me disponía á salir con el tercio en que formaba, para ir á hacer mi monótono servicio de boca-calle, allá frente al almacén de Doña Petrona, en la esquina de Luján y Defensa—donde puede decirse que no tenia mas misión que proteger los intereses de los comerciantes ambulantes contra las travesuras de los estudiantes de medicina y de derecho que, avecindados en aquel barrio, lo constituian casi en una mitad—oí que el

oficial escribiente gritaba en medio del pátio desmantelado, donde los ébrios recojidos en la noche anterior, comenzaban á desperezarse



acostados en los rincones, teniendo por almohada las baldosas:

—Agente Carrizo. vaya al despacho del Comisario!

Es preciso haber sido vigilante para conocer todo el efecto que puede tener frase semejante!

El Comisario!

Qué lejos se vé su figura y qué grande, desde el modesto punto de mira que tienen los agentes!

Allí, en aquella mano, están todas las recompensas y están todos los castigos; ella tiene la suerte de cada uno, casi como la de Dios; ella puede dar y puede quitar; puede condenar á una eternidad de padecimientos lentos y puede llevarlo a uno hasta la cumbre en un instante: es la omnipotencia.

Ser llamado por el Comisario á su despacho, es algo que un agente lo recordará toda su vida: podrá olvidar á la madre, á los hijos, á la mujer, pero jamás olvidará el día y hora en que compareció ante la vista del dispensador de todos los bienes ó del causante de todas las desgracias.

Aquel minuto que uno tarda en atravesar el pátio, equivale á una hora de emociones.

¿Será la suerte que se acerca a mí?

¿Será el ála negra de la desgracia que bate el aire á mi alrededor y vá á proyectar su sombra sobre mi frente?

¿Que habrá?

Desfilan ante la vista nublada, las copas tomadas á escondidas en la trastienda de los almacenes de la manzana; las graciosas sirvientitas con quienes uno se saluda más ó menos cariñosamente en las horas de facción; los cigarrillos fumados clandestinamente en el zaguán de las grandes casas, durante la recorrida y todos estos recuerdos se alzan pavorosos y cada uno es un fantasma que atemoriza.

—A la órden, señor Comisario!

Y el Comisario —un viejo criollo de cara bonachona y sonriente—alzó la vista, me miró y dijo “esperá” miéntras concluía la tarea de poner el sobre - escrito á una carta:

—Decime, ché! . . . Has sido sargento del 6.º?

—Sí señor!

—Con razón te piden de la 5.ª! . . . Claro! Se llevan los mejores agentes y lo dejan á uno aquí con puros gallegos! . . . Mirá! . . . Te vás á quedar conmigo: te voy á enseñar para pesquisas!

—Está bien, señor!

—El Comisario de la 5.ª te ha pedido al Gefe, pero voy á contestar que pides seguir el servicio aquí.

—Está bién, señor!

—Sós casado?

—No señor!

—Bueno! . . . Llevá tus pilchas á casa y decile al sargento Gomez que te acomode con él.

—Está bién, señor!

Dí média vuelta y salí como con álas en los talones. Ir á servir con el sargento Gomez, el agente mejor reputado en la Comisaría, el crédito de la Sección, era para mí la gloria.

Pedir más, la verdad, hubiera sido tentar la suerte!

XIII.**SIEMPRE ADELANTE.**

El Sargento Servando Gomez, era oriundo de Corrientes y como soldado del 3.º de línea había hecho las campañas del Paraguay y del interior, á las órdenes del General Arredondo. Era, pués, un veterano como yo.

Su aprendizaje había sido rudo y tremendo, por eso en sus consejos nunca se olvidaba de incluirme este: “mirá; si querés pasar de sargento, aprendé la pluma: sin esto—y movía la mano en el aire como quien escribe—es al ñudo forcejear”.

No era un hombre ilustrado ni mucho ménos, pero era más educado, en la verdadera acepción del concepto, que muchos que he conocido ocupando posiciones más elevadas.

Sus lábios nunca se abrieron para una falsedad, ni para cometer una injusticia y en la Comisaría era como el Evangelio una afirmación que se le oyera, llegándose á decir que era hasta capaz de declarar en contra suya si á mano venía.

Sério, grave, pocos habían visto una sonrisa en su cara angulosa, cubierta por una tez apergaminada y morena, casi negra: no obstante era decididor y alegre en las horas de ocio y más de una de sus aventuras, casi novelescas, entretuvieron largas horas de espera en las correrías que juntos teníamos que emprender todas las noches, ya siguiendo la pista de algún pícaro que andaba estudiando la sección, ó ya buscando la de algún asesino que, después de cometer una fechoría, se nos había escapado de entre las manos.

Y cómo admiraba yo la sagacidad, la viveza el fino tacto y la discreción del viejo sargento!

Cada una de sus pesquisas, á que él llamaba modestamente "trabajos", era una filigrana y daban tentaciones de créer que tuviera

pacto con el Diablo, á cualquiera que, estando en el secreto del asunto, siguiera con atención sus procedimientos de investigación.

—Y quién le enseñó á trabajar mi sargento? Porque Vd. no habrá aprendido solo, supongo?

—No! Que esperanzas! A mí me trageron expresamente un maestro de Inglaterra, uno de esos tigres que conocen por la cabeza á los ladrones y á los asesinos! . . Mis maestros, amigo, són los que deben tener Vds. si quieren servir para algo: los ojos, los oídos y las piernas!

—Y hay de esos hombres que Vd. dice, mi sargento?

—No digo que no haya, pero yo no los he visto! Vez pasada, hace como diez años, trageron uno y se lo dieron al Comisario Wright, que fué el primero con quién yo serví. Amigo! Que hombre del diablo! No sabía nada y parecía que se iba á comer el mundo! Una noche lo hicieron examinar en la Comisaría á un Coronel que estaba de visita y que se había disfrazado de gaucho y después de darle mil vueltas y de hacerle sacar la lengua y blanquear los ojos, dijo que era ladrón, asesino é incendiario.

—Y sería no más, pués! Hay tantos diablos que parecen santos!

—Ave María Purísima . . . ! . . . Si se trataba de un Coronel de lo mejor! . . . Lo que había es que, como después se supo, el sujeto era un peine de esos que no dejan ni caspa y que era verdad que había servido en las policías de Europa pero de farolero!

Mi aprendizaje con el sargento Gomez lo hice pronto y sus observaciones y los cuentos que me contaba, són la materia principal de los pocos capítulos que voy á consagrar á la gente maleante con que tenemos que bregar, y á la cual recién más adelante, conocí, cuando, colocado ya en altura mayor que la de simple agente de pesquisas, me fué dado penetrar en las profundidades de nuestro organismo social, estudiando casos particulares.

XIV.

MUNDO LUNFARDO

En la puerta de la cueva.

Penetrar en la vida de un pícaro aquí en Buenos Aires ó, mejor dicho, en lo que en lenguaje de ladrones y gente maleante se llama *mundo lunfardo*, es tan difícil como escribir en el aire.

Aquí se vive á ciegas con respecto á todo aquello que pueda servir para dar luz sobre un hombre: la policía para desempeñar su misión, tiene que hacer prodigios y parece imposible que obtenga los resultados que obtiene, dada la clase de gente en que las circunstancias la

obligan á reclutar su personal subalterno y el medio en que actúa.

Las policías de Lóndres, París y Nueva



York dotadas de mil recursos preciosos, no tiene nada de extraño que puedan encontrar un delincuente dos horas después de haber

cometido un delito; lo admirable sería que pudiesen hacerlo aquí.

Quisiera ver á esos graves *policemen* de que nos hablan los libros, en este escenario, en que no existen registros de vecindad, en que se ignora el movimiento de la población, en que la entrada y salida de extranjeros es un secreto para las autoridades, en que uno puede ser casado diez veces, tener quince domicilios, mil nombres distintos y quinientas profesiones diferentes, y todo en la mayor reserva, no digo para la autoridad, sinó para los hijos, la esposa, los hermanos y hasta los vecinos, por más curiosos que sean.

Aquí nos hemos ocupado de adoquinado y rectificación de calles, de formación de paseos, de obras de higiene convencional y de todo aquello que luce á primera vista: pero respecto á organización social, á médios de conocernos y controlar nuestros actos todos los convencinos, vivimos como en tiempo del coloniaje.

¿Por qué no se ha establecido el registro de vecindad y todos sus derivados?

Que lo diga la Municipalidad que tiene en carpetadas las notas en que se lo han pedido todos los gefes de policía habidos hasta hoy!

Viviéndose como se vive aquí, un pillo anda

á sus anchas hasta que un mal paso demasiado clarò, lo pone bajo los ojos de la policia que es andariega y husmeadora y que si no lo fuera—de lo cual Dios nos libre y nos guarde—no faltaría quién le robara á uno hasta los pelos de la nariz sin que sintiese cuando se los arrancaban.

Y caer bajo los ojos de un empleado de policia, es lo mismo que caer bajo los de toda la repartición, pues unos á los otros se van enseñando el mal hombre — cuya filiación, nombre y costumbres, si no se inscriben en un registro, quedan sin embargo grabadas en la memoria de quienes no lo olvidarán jamás y serán capaces de encontrarlo mas tarde aunque se transforme en pulga.

Los *lunfardos* dicen, con este motivo, cuando dán con algún agente que aún tiene paciencia para oírles sus disculpas y lamentos:

—Vea, señor, . . . Más vale ser caballo de tramway que pillo conocido!

Perspectivas.

Seguir un pícaro en nuestras calles tan llenas de movimiento, es un trabajo que no lo valora sino quién lo realiza.

Como él siempre está sobre aviso y teme

que lo *embroquen*—conozcan, observen—camina una cuadra y la desanda para ver si alguien lo sigue, dá quinientas vueltas ántes de llegar á un punto deseado, penetra á las casas á preguntar por dón Fulano ó dón Zutano,—un nombre supuesto,—para *darle el esquinazo*,—lo que equivale á despistar—á algún empleado que pasa y lo conoce.

Cuando ván dos colegas juntos, nunca caminan á la par. Uno vá adelante y el otro un poco atrás, y si són tomados afectan no conocerse.

Un día iban dos pillos de estos por una calle: el sargento Gomez conocía uno y no el otro, y como apesar de su seriedad guaraní, era chacotón y alegre, atajó al que no conocía y le dijo:

—¿En qué trabaja Vd.?

—Soy marmolero, señor!

El otro pícaro viendo que no lo conocían, se paró á ver en que concluía el asunto.

—Marmolero bueno! ¿Conoce á Fulano?y pronunció el nombre del que se creía desconocido.

—No señor!

—Bueno;Fulano es un raspa de la peor clasees ese que está ahíconózcalo!

Aquí el pillo se sonríe y dice con sorna:

—Me ha *chacado* señor! es decir, “me ha embromado.!”

—Vaya, hombre! Y este quién es?

—Ya nos *embrocó* y le voy á decir: este es Zutano!

Entre la cueva.

Buenos Aires encierra dos clases de pícaros: los naturales y los extranjeros.

Los primeros són pocos relativamente y ménos peligrosos que los segundos, pués que, desde los primeros pasos la policía los conoce y les corta las álas, --ya no dejándolos al aire sinó miéntras llevan una vida honrada, que para ellos es la miseria, el hambre, la falta de queridas y de goces, ú obligándolos á emigrar.

Montevideo, el Brasil, Europa, Méjico y la América del Norte són su salvación.

El ladrón argentino es por lo general astuto, audáz y emprendedor; allí, donde no lo conocen, sus uñas le dán réditos fabulosos.

De tiempo en tiempo se le vé regresar lleno de dinero, bien vestido y afectando maneras superiores á la clase en que nació: busca á quienes lo recuerdan en la policía y les dice con toda franqueza:

—Vengo por una temporada á visitar la

familia. Le prometo que no haré ningun daño. . . . Ya me he retirado de *la vida*. . . . ! No me persiga y ocúpeme en cualquier averiguación!

Y después se le encuentra en las casas de juego ó de prostitución, derrochando afanosamente el producto de sus *trabajos* en el extranjero.

Cuando se ha agotado el bolsillo, se le vé desaparecer como llegó: sin que nadie lo sienta.

Otros hay que, después de llevar una vida de continuo sobresalto, pués un paso en la calle es para ellos una semana de arresto, se encierran en sus guaridas, se aíslan de sus compañeros y, pasada una temporada, salen transformados, pidiendo á la policía que no los persiga y declarando que ván á trabajar.

Parapetados detrás de un oficio ó empleo cualquiera, se dedican al juego, haciendo de él un instrumento de robo, como cualquier otro.

Viven de los *otarios* como llaman á las víctimas que caen entre sus garras, ya por su esfuerzo ó por el de los *changadores* del oficio—el gremio auxiliar más importante—que se las venden por un tanto de lo que produzcan.

Cuando un mocetón empieza á andar en

malos tratos, ya los del oficio, al hablar de él dicen: "jamás será nada" ó es "un muchacho de esperanzas y que irá lejos" según sea que el tal pájaro haya salido bién ó mal en sus primeros revuelos. En el primer caso no encuentra protectores y tiene que hacerse carne de cañón, soldado de la gran falanje, brazo ejecutor, y por lo tanto frecuentador de calabozos y abonado á la *tumba* del Departamento Central.

Estos desgraciados, cuyas entradas á la policía alcanzan á veces á centenares, són los que el vulgo toma por los mas temibles, ignorando que ellos són piezas insignificantes en una partida en que los jugadores permanecen en la sombra. El ladrón hábil es aquel que sabe permanecer más desconocido; el que ascendiendo en el gremio presta dinero para los gastos preparatorios de un robo, tal como un comerciante lo daría para una operación honesta; el que dirige las empresas; el que estudia un golpe y lo combina y luego lo vende para que otro lo realice; en fin el que pezca. . . . sin mojarse las manos.

En el segundo caso asciende en la consideración del gremio y su tarea se facilita con ventaja personal: se hace *changador de otarios*,

es decir, buscador de víctimas, empresario, director, prestamista, consejero ó intermediario entre los capitalistas y grandes dignatarios de la órden y los pobres ejecutores que pagarán con el martirio de su cuerpo cualquier contrariedad de la suerte.

El pillo criollo, en sus comienzos, se revela con facilidad al ojo ménos observador.

Le cuesta deshacerse de la cáscara del compadrito, origen comun de todos ellos, que són generalmente muchachos de la última clase, vendedores de diarios ascendidos á carreros ó sirvientes y cuya educación é ilustración són casi nulas.

Sin embargo, ellos aprenden á leer y escribir en los meses de reclusión y luego la emprenden con los libros de leyes, medicina, y cualquier otra ciencia útil para su arte de vivir de gorra.

He visto un ladrón que á fuerza de leer, se ha hecho un leguleyo; tiene toda la exterioridad de un hombre de educación esmerada, se expresa correctamente y no deja traslucir en su trato, que, diez años atrás, era un compadrito que escupía por el colmillo y se quebraba hasta barrer el suelo con la oreja.

El pillo extranjero es el más abundante.

Este ya viene aleccionado, por lo general, y no deja que se deduzcan reglas para conocerlo.

Viste como un caballero, como un compadre ó como un artesano de esos que recorren nuestras calles en las faenas de su oficio: adopta la forma necesaria para cada una de sus empresas oscuras y malignas.

Se cambia de nombre toda vez que cae preso y es obra de romanos identificar su personalidad en cada caso, pues recurre á cuánta artimaña puede sugerirle su imaginación á fin de ocultar su pasado, teniendo como recurso invencible su poco conocimiento del idioma.

Para probarle un hecho no hay mas remedio que tomarlo con la masa en la mano: con él no valen nada la deducción ni la inducción y se le queman los libros al mas listo.

Sin embargo no es largo su jolgorio.

Después de un período de tres ó cuatro meses de hazañas,—sinó ha logrado salir de su mísera posición de instrumento—la policía que no le pierde ojo, lo pilla en un renuncio y tiene que confesar su vida y milagros, quedando en la categoría del criollo.

Se le acabaron sus privilegios de extranjero!

Ellas.

El complemento del pillo, es la mujer.

¡Cómo saben educarla para el fin que la necesitan, con qué egoísmo judaico explotan los tesoros de su cariño inagotable, cómo la sugestionan y la envilecen, haciéndole perder no ya el miedo para acompañarlos en sus empresas tortuosas, sinó la noción elemental del bien y del mal, llegando ellas, en su obseción por el hombre que las martiriza y las deprime, hasta creerlo un dechado de virtudes, un ejemplo de honorabilidad, una víctima desgraciada de las injusticias sociales!

¡Cuántos poemas de ternura y de amor tienen por teatro diariamente los calabozos!

He visto madres que no sólo abandonan las comodidades que un hijo honorable puede proporcionarles, sinó que hasta cubren de vergüenza su nombre por disimular las bajezas de uno de estos canallas que ha rodado al abismo y que les paga sus sacrificios imponiéndoles cada día otros mayores!

He visto mujeres hambrientas, casi desnudas, vender, no ya su cuerpo si algo valiera, sinó lo más indispensable para su subsistencia, á fin de llevar cigarrillos ó bebida á sus mari-

dos que, cuando están fuera de la cárcel, dilapidan con otras de mala vida, el dinero que pueden atrapar y á ellas les compensan su abnegación con caricias que dejan sobre sus cuerpos endebles cicatrices que no se borrarán jamás.

Són las madres, són las mujeres, són esas pobres mártires que arrastran su cruz á travéz del mundo—*las minas* como ellos les llaman— las que les sirven de escudo contra los golpes de la suerte!

Pueden abandonarlos sus amigos, sus cómplices, los empresarios por cuenta de quienes emprendieron *un trabajo*, pero ellas no les faltarán y, sacando fuerza de flaqueza, removerán con sus débiles brazos el mundo entero á fin de hacerles más llevadera su desgracia.

Ellas, las mártires de los días de luz serán el rayo de sol de los días de sombra.

Luego trás de la fila de mártires, de las que són escudo simplemente, viene la interminable de las que són no sólo escudo, sinó tambien garra. Són estas las que forman la temible falanje de espías, de correos, de negociadoras de los robos, de ocultadoras y, luego, en los días negros, las que servirán de agentes para corromper la justicia usando el dinero, si el

hombre que necesitan es afecto á él; halagando su lujuria, su gula ó cualquiera de los pecados capitales que prime en su espíritu; amenazando su tranquilidad si es un timorato, ó insinuándose pérfidamente en su corazón, si es un alma fuerte y vigorosa!

Ellas podrán no saber leer ni escribir, podrán ignorar las sutilezas del espíritu y aún hasta la existencia de la palabra psicología, pero nadie las sobrepasará en el arte difícil de conocer una flaqueza humana y de saber aprovechar y explotar su conocimiento!

Ellos.

Entre los *lunfardos*, hay cinco grandes familias: los *pungistas* ó limpia bolsillos; los *escruchantes* ó abridores de puertas; los que dán *la caramayolí* ó *la biava* ó sea los asaltantes; los que *cuentan el cuento*, ó hacen el *scrascho*, vulgarmente llamados estafadores, y, finalmente, los que reúnen en su honorable persona, las habilidades de cada especie: estos estuches son conocidos por de *las cuatro armas*.

Más vale toparse con el diablo, que con uno de estos príncipes de la uña, de los cuales, Buenos Aires cuenta más de un ejemplar.

Ellos són generalmente los que educan y for-

man *los muchachos*, esmerándose en aquellos que revelan mejores facultades: són los que dirijen los *golpes* de importancia; los que *dán el cebo*, ó sea el dinero necesario para realizar el robo, que hasta para eso se precisa plata dada la situación á que ha llegado el mundo; en fin, són los grandes dignatarios de su órden.

Cada especie tiene su fisonomía especial, sus costumbres propias y su manera de ejecutar *un trabajo*, por más que todas tengan siempre un punto de contacto, menos el pun-guista que es siempre el empresario de sí mismo.

El campana.

El punto de contacto es *el campana*, es decir, el que busca la casa ó el hombre fácil de robar, el que estudia el medio de efectuarlo, el que está en relación con los que cambian lo robado por dinero: la providencia en forma de hombre.

Bién considerado, estos *campanas* són los verdaderos ladrones; los que efectúan el robo, són solamente sus instrumentos.

Jamás se comprometen en nada y es difícil que la policía los descubra. Adoptan todo el aire de gentes honradas, trabajan, tienen oficio,

profesión ó industria conocida: són sirvientes, mozos de hotel, changadores, comerciantes, rentistas y hasta pueden inspirar confianza y ser honorables mientras no haya posibilidad de tirar la piedra y esconder la mano.

¡Cuántas veces están protestando honradez y tienen entre los dedos el pedazo de masilla ó cera con que, al menor descuido, moldearán una llave!

¡Cuántas veces están jurando adhesión á sus patrones y ya tienen oculto dentro de un mueble al amigo que va á dar el golpe! Y luego són los más empeñosos en llamar la policía y darle cuenta del hecho, suministran datos y noticias, sospechan que al ladrón lo han visto rondando la casa y que es de este porte y del otro!

¡Cuántos de ellos han acompañado en sus investigaciones á un comisario y lo han extraviado con sus mentiras, y cuántos también han sido imprudentes y han ido á pagarlo en la Penitenciaría!

El *campana* presta servicios á los ladrones, pero que digan estos lo que les cuesta: siempre se lleva él lo mejor del *toco* ó sea del monto de lo atrapado!

Sus comisiones son algo de fabuloso!

Sin embargo, el negocio tiene sus contras. Veces hay, que há hecho efectuar un robo valioso y cuando vá á retirar su parte, se encuentra con una puñalada ó con que sencillamente, le dicen que no sea zonzo, y se le alzan con el santo y la limosna, acción que se llama *dar el rostro*.

Al *campana* robado, le queda aún como arma la delación y la usa como venganza: si los ladrones son tomados, éstos no dejan de envolverlo en sus declaraciones y se hunde con ellos, y si no lo són, se vé libre y queda aguardando una oportunidad de hacerles caer en las garras del gallo policial: este es el origen verdadero de más de una pesquisa curiosa que ha servido para dar bombo á algún inútil.

Venganzas *de campana*, ó como quien dice, puñaladas por la espalda!

Y los ladrones saben lo que vale un buen *campana*.

Una vez me dijo uno, habiéndole yo preguntado que "á que se dedicaba por ahora".

—Vea señor, tengo un *campana*, que ni de oro.y trabajo de católico!

—De católico?

—Si señor. . . .es decir, ando con el asunto de las limosnas para el hospital.y al que me crée, lo ensarto!

El arte es sublime.

El punquista—como en lenguaje de ladrones se llaman los pick-pockets ó sea, hablando en español, los limpiadores de bolsillos—es el más artista de todos los ladrones y mira con cierto desdén á sus congéneres, á los cuales desprecia soberanamente tanto como puede despreciarlos un hombre hõnrado.

Para él, robar un reloj, una cartera, un rollo de dinero ó cualquier otra cosa de valor que una persona pueda llevar sobre sí, no es un delito, sino un trabajo de arte, una hazaña.

Es por eso que se le vé tån tranquilo, tån seguro de sí mismo, meterle á cualquiera la mano en el bolsillo y sustraerle lo que guarda : su único dolor es ser sentido por su víctima ó tomado infraganti por la policia á causa de su poca habilidad.

Esto lo desespera, pues le desbarranca su fama, ataca su crédito.

La gloria de un punquista es serlo y que nadie pueda probárselo: su orgullo es poder decir en la policia :

—Busque señor en los librosyo no tengo ninguna condena! Gracias á Dios no soy ladrón!

Y luego su frase la repite con aire modesto á cuanto individuo investido de autoridad encuentra á mano, pegándole á modo de coeficiente "así le dije el otro día al Sr. D. Fulano."

Tiene por teatro la calle y los parajes donde ocasional ó habitualmente hay aglomeración de gente.

Con frecuencia se le oye decir: yo trabajo en el Banco tal, en la Estación cuál, en el papel sellado, en el correo, en el tramway, en el cementerio, en la plaza, en el remate, donde quiera que haya codazos y apretones.

Para *el trabajo* jamás vá sólo: lleva dos ó tres ayudantes, según la necesidad.

Estos ayudantes, que són por lo general, practicantes - asociados, tienen por misión *formar la cadena*, es decir, estacionarse detrás del artista de tal modo que, efectuado el hurto, lo hurtado se encuentre á salvo con la rapidez del rayo, pasando de mano en mano.

Si el golpe es desgraciado y el practicante no puede huir, deja caer lo hurtado, lo echa en el bolsillo de cualquiera de los presentes, en fin, se deshace como puede del cuerpo del delito y trata de evitarse una condena ó ahorrarle un mal rato á su asociado.

Un comandante del ejército — cuento al

caso — se hallaba una noche en su casa y al ir á sacar su pañuelo, rueda sobre la alfombra un magnífico reloj de oro con un monograma en la tapa, lo recoje y se echa á cavilar sobre cómo había venido á su poder.

Y no daba en bola!

Al día siguiente lee en un diario una noticia que decia:

RELOJ ROBADO — *Hallábase ayer en el remate de Constenla el Sr. X. X. y de repente notó que le sacaban su reloj y que la mano que lo llevaba pertenecía al vecino que tenta á la derecha. Lo hizo conducir á la Comisaría 2.^a y resultó ser el tal vecino nada menos que Angel Artire, (a) Minga-Minga. El reloj no ha sido encontrado.*

El comandante se dió un golpe en la frente recordando que se había hallado en lo de Constenla durante el incidente, pero no atinaba á dar en cómo el reloj había llegado á su bolsillo.

A que le esclareciesen el punto y á devolver la prenda fué á la Comisaría 2.^a.

El Comisario oyó toda la relación y luego le preguntó si recordaba qué vecinos había tenido durante su estadía en la casa de remates.

—No me fijé, señor!

—Pues bién, uno de ellos era cómplice del ladrón y temiendo ser descubierto ocultó en usted lo que podía comprometerlo!

El comandante ha jurado desde entonces usar sacos sin bolsillos.

Otro cuento, ya que en tal terreno he pisado.

Uno de estos practicantes fué sorprendido una vez con un reloj en la mano, en momentos que iba á *pasarlo* y no bien vió que lo habían sorprendido se echó á gritar:

—De quién es este reloj? ¿De quién es este reloj?

No le valió la artimaña y fué preso.

El juez tuvo que absolverlo, pues se encerró en esta declaración:

—Yo encontré el reloj, señor y lo levanté; no ha habido más. Tengo malos antecedentes, es cierto, pero eso no hace al caso... el decir adiós no es *dirse!*

Estos practicantes llegan á ser unos *doctores* que dán miedo y no pasa mucho tiempo sin que dén vuelta y raya á su maestro!

El *punguista* cuando *camina*, jamás lo hace llevando al lado sus compañeros.

Estos marchan escalonados á retaguardia á fin de poder, al menor asomo de un empleado de policía que los descubra, hacerse entre sí los perfectamente desconocidos.

Si suben á un tramway tratan de rodear á la persona que han elegido por víctima y allí son los empujones por el menor motivo, los codazos, los pisotones con objeto de distraer al desgraciado candidato y facilitar la obra del artista.

Este está en acecho, espiondo todas las oportunidades y á la primera que se presenta ; zás ! se apodera del objeto deseado que desaparece como por arte de mágia.

Para dar el golpe, el punguista tiene siempre sus dedos índice y médio prontos para la acción y los introduce en el bolsillo ageno con una suavidad incomparable.

Cuando es necesario interceptar la vista de alguien, ahí se encuentra el practicante que hará de nube ó sinó el brazo que no vá á operar y que se baja ó se levanta á la altura necesaria.

Hay punguistas que són muy hábiles en esta maniobra que se llama *esparo* y que es reputada como uno de los escollos del arte.

Cuando dos ó tres habilidosos se reunen y se complementan, las joyas ván á ellos como el acero atraído por el imán.

Jamás se reune con los que no són de su arte, á no ser cuando entra por el aro del diablo con tal de hacer plata.

De lo contrario, evita compañías y dice:

—Los amigos *cantan*— descubren—y no sirven sino para hacerlo *embrocar*—conocer—á uno!

Cuando ya són muy conocidos en sus mañas y no pueden trabajar, se dedican á *schacar escabios*, es decir, á robar borrachos.

Este es el atarrantismo, la vejez miserable del arte: son los arrestos frecuentes, los días sin comida, las condenas por cincuenta centavos.

Sin embargo, un punquista podrá robar, jugar y poseer todos los vicios, pero nunca se embriagará ni llevará vida de perro.

Mira el mundo á través de los placeres que no embrutece y vive lo mejor que puede.

Un día dije á uno de ellos que hablaba conmigo en el café de Cassoulet, esquina Viamonte y Suipacha, un centro de pillos:

—Y tú no bebes? Pide un gin!

—¿Yo? Qué esperanza! El alcohol afloja la lengua y entorpece la mano!

El café de Cassoulet.

Este era el paradero nocturno de todos los vagos de la ciudad y famoso entre la gente maleante, no solamente por la comodidad que,

á poco costo se obtenía en él, cuanto por la relativa seguridad que se disfrutaba: en caso de producirse visita de la autoridad, los propietarios tenían dispuestas las cosas de modo tal que la clientela tenía fácil escape.

Estaba ubicado en la esquina de Viamonte, ántes Temple, y Suipacha. Como dependencia del Café y formando parte de la planta baja, que daba hácia la primera, había hasta la mitad de la cuadra una veintena de cuartos á la calle con puertas que se abrían á esta y otra interior que daba al gran patio del Café: eran otras tantas salidas clandestinas del antro misterioso.

Estos cuartos los ocupaban mujeres de vida airada, que eran como la crema de aquel mundo de vicio cuyo centro era la famosa calle del Temple y que extendía sus brazos á las adyacentes, teniendo como encerrado entre ellos el corazón de la ciudad.

El Café debía ser una mina de plata.

Allí los ladrones con todo su cortejo de corredores y auxiliares, los asesinos, los peleadores, los prófugos, toda la gente que tenía cuentas que saldar con la justicia ó tenía porqué saldarlas, buscaba un refugio para dormir ó vivir con tranquilidad; para hacer con todo

sigilo una operación comercial inconfesable ó para ocultarse discretamente mientras pasaban las primeras averiguaciones subsiguientes á un delito descubierto por la policía.

Allí todo era cuestión de dinero. Teniéndolo, se hallaba desde la pieza lujosamente amueblada, hasta el tugurio infame donde podía gozarse de las comodidades de un catre de los muchos que, en fila y pegados unos á otros, contenía un pequeño cuarto de madera y desde el vino y los manjares exquisitos, hasta las sobras de estos barajadas en un *champurríao* indescifrable y que podía remojarse con el agua turbia del algibe, donde viboreaban los pequeños gusanitos rojos, descendientes quién sabe de que putrefacción y cuyos movimientos rápidos y variados, podían servir de diversión al ánimo preocupado.

Tarde de la noche, cuando el Café se cerraba, decenas de desgraciados sin hogar tomaban posesión de las mesas del largo salón, — bajo la vigilancia de los dependientes que tendían sus colchones sobre las de billar, cuando las otras estaban ocupadas, — y por dos pesos de los antiguos, encontraban un techo y una tabla para dormir y por uno lo primero y el duro suelo de los pátiós y pasillos.

Aquello era un verdadero hervidero del bajo fondo social porteño: allí se barajaban todos los vicios y todas las miserias humanas y allí encontraban albergue todos los desgraciados que aún tenían un escalón que recorrer ántes de llegar á los caños de las aguas corrientes que, apilados allá en el bajo de Catalinas, ofrecían albergue gratuito.

Cassoulet era en la noche la providencia de los míseros desterrados de un mundo superior, era la ensenada que recogía la resaca social que en su continuo vaivén arrastraba hácia playas desconocidas el oleaje incesante.

Hoy comparten con él los beneficios de la industria protectora, los pequeños cafés del Riachuelo y la ribera, que venden marineros borrachos á los buques que necesitan completar su rol clandestinamente, para borrar las huellas de un crimen ó de un accidente, —á fin de evitarse las molestias que en nuestro país acarrea cualquier gestión ante la autoridad—y los tugurios que, con el nombre de posadas ó sin nombre alguno, encierran entre sus paredes y alojan, segun el dinero con que cuentan, á los desgraciados que vagan sin hogar, ó á aquellos que legalmente no pueden habitar en parte alguna.

En aquel tiempo compartían la clientela de Cassoulet, pero solo durante el día, el Café Chiavari en la esquina de Cuyo y Uruguay y el Café de Italia en la misma calle, frente al Mercado del Plata.

Estas tres eran las cloacas máximas de Buenos Aires en tiempos que ya no volverán, pero que se repetirán, transformándose.

El burro de carga.

El *escruchante* — es decir, aquel cuya especialidad es abrir puertas con ó sin violencia — es otra interesante variedad de la familia *lunfarda*.

Los que la forman, són por lo general individuos de avería, hombres avesados á todas las asperezas de la vida.

Brotan de las capas inferiores de la sociedad y rara vez alcanzan otras mas elevadas: són constante y perennemente víctimas del que *ha campaneado* — estudiado — el robo á realizar y su fin es generalmente desastroso.

Concluyen por ser un harapo humano á fuerza de consumirse en las cárceles ó en los mas bajos fondos de la corrupción.

La miseria, engendradora de todas las lepras, luce en ellos sus fuerzas y su vigor.

De todos los lunfardos es el *escruchante* el más desgraciado: sus robos son los más fáciles de descubrir, sus condenas son las más largas, sus días son los más negros, pues cuando no está preso lo andan buscando.

Es necesario tener una afición desenfrenada á lo ageno, para dedicarse al *escrucho*.

El *escruchante* tiene tres especialidades: se dedica á fabricar llaves falsas, á trabajar con el formón ó á *cargar la burra* ó sea alzar los robos.

Poco se le vé en la calle durante el día: camina solo de noche ó en la madrugada, hora en que la vigilancia es ménos activa.

Sus *golpes* los recibe ya estudiados por el *campana* que percibirá su buena parte, sin riesgo.

Este es el que moldea las llaves que el *escruchante* fabricará en los ratos de ocio, en su tugurio, donde tiene su pequeño taller ad hoc; el que estudia las costumbres del habitante de la casa que vá á robarse; el que levanta el plano de sus entradas, salidas, caminos fáciles para escapar, parada del vigilante, hora en que hace la ronda y demás datos útiles.

En posesión de todos estos elementos es que el *escruchante* tiente su empresa y vá dispuesto á todo!

Si se ha moldeado bien la llave, ésta ha sido seguramente bien hecha y funcionará á maravilla, simplificándose mucho el trabajo.

Si no anda bien, es necesario abandonar la empresa hasta que los defectos se hayan corregido, ó recurrir á la violencia que dobla las probabilidades del fracaso y sobre todo la condena.

Entónces es cuando se recurre á cortar el tablero de la parte inferior de la puerta, formado por lo general de madera blanda en la cual una cuchilla afilada *entra como en queso* y abre un buen postigo.

Si el dueño de casa es precavido y usa sus puertas enchapadas en fierro en la parte vulnerable, se dá un corte en el umbral con el formón, frente á los pasadores y se levantan estos; luego se introduce la *pata de cabra*—instrumento de acero formado en zig-zag—frente á la cerradura y se la hace saltar sin ruido, con un leve movimiento lateral.

La puerta ya presenta facilidad para enlazar con una faja el pasador de arriba y correrlo.

Puede ser que la precaución del propietario haya llegado hasta poner una barra y entónces hay que tratar de sacarla.

La extremidad libre de la faja con que se

enlazó el pasador se pasa por bajo la barra y se tira para arriba.

Si aquella es de gancho, cede al esfuerzo y se la baja hasta el suelo con cuidado para que no haga ruido, para lo cual se afloja una de las puntas de la faja poco á poco: si es de las que tienen candado, es mejor renunciar al golpe: la puerta es infranqueable.

Cuando el robo no puede hacerse con violencia, se recurre á sobornar un dependiente que deje la puerta abierta ó se coloca en la casa una persona que lo haga y que pasará en ella el tiempo necesario para acreditarse y alejar sospechas.

Si estos médios no son posibles, queda aún el recurso de *meter un gato*, es decir, hacer esconder en la casa un cómplice que á una hora dada franqueará la entrada.

Este papel de *gato* no lo desempeña cualquiera: es necesario dedicarse á él y hacerse una especialidad; acostumbrarse á estar inmóvil por horas enteras; á respirar sin hacer ruido; á no estornudar ni toser; en fin á hacerse un cadáver.

El cuervito Roman—un gajo de cierta familia en que padres, hijos, hijas, tios y tias eran del arte, abarçando todas sus variedades,

se metió *de gato* en casa de un inglés en la calle de Corrientes y su respiración fatigosa —pues era asmático—le traicionó valiéndole un balazo y una buena condena.

Una vez cierto ladrón conocido—un santafecino Ludueña—que había sido soldado de línea, después desertor en la frontera y hasta capitanejo entre los indios, penetró en un almacén, luego de acostados los dueños y robó el dinero que encontró, llegando en su osadía hasta haber bebido y comido como si estuviera en su casa.

El robo lo practicó á vista y paciencia de los damnificados—un matrimonio italiano—quienes no se animaron á contar los detalles cuando dieron cuenta del hecho.

Al ser conocidos estos por referencia ó jactancia del mismo Ludueña, fué muy celebrada la hazaña llegando ella á nuestros oídos.

Estando una vez preso por haber practicado un robo en la Fábrica de Baldosas “La Fé” y respondiendo á alguien que le preguntó si era cierto lo del almacén, dijo:

—Cómo no? Sí yo ví que los gringos se hacían los dormidos y me aproveché !

El ladrón que penetra á una casa, va por lo

general seguro de que nadie atentará á su vida; sabe muy bien si el dueño es hombre capaz de defender lo suyo, y en ese caso espera asegurarlo, ó si en caso de sentirlo, evitará un lance.

Muy rara vez llegan á asesinos: para ello necesitan no tener ningún médio de que valerse á fin de tomar lo que codician ó verse acorralados y sin más probabilidad de escapar á un fracaso que una puñalada dada á tiempo.

Su afán, su ambición, es poder llegar á ser maestros, á dirigir golpes sin riesgo, es decir á hacerse de un capitalito y trabajar de *campañas*.

Llegado á esa meta el escrucante es feliz, y ha escapado al atorrantismo, que es su bés-tia negra.

Y así mismo, hay *campana* de estos que derrepente tropieza y quiebra su dicha: entonces rueda al abismo sin esperanza de levantarse!

Del cinismo hacen un arte y suele no faltarles ingenio.

Un comisario pescó en circunstancia muy especial á cierto escrucante conocido: violentaba una caja en una mueblería donde se había introducido.

El ladrón hacía su trabajo y derrepente vió entrar un changador de la casa, que le dijo:

: —¿Qué hace Vd.?

—Silencio . . . tengo una cita con la señora .

—¿Cita? . . . Ahora verá !

Y á empellones lo sacó á la calle para entregarlo á un vigilante, pero cuál no sería su asombro al verse agredido á trompada limpia! Acudió el vigilante y ladrón y changador fueron conducidos á la comisaría por “desórden en la vía pública”.

Llevados sin embargo ante el comisario, éste, que era un lince para eso de ladrones, empezó á revolverle las respuestas y no tardó en descubrir la verdad: el desórden era un pretexto para ocultar la tentativa de robo.

El ladrón decía, sin embargo :

—Señor, ese changador es un canalla . . . nos hemos peleado por que le cobré un dinero y ahora me sale con una pata de gallo !
Está lindo lo que pasa !

Los que cargan con la fama.

Los que *dán caramayolé* ó *la biava* son los ladrones de la clase mas ínfima, es la plebe del mundo lunfardo: ellos no necesitan para realizar sus empresas usar el mínimun de talento. Un buen garrote esgrimido como maza y descargado á tiempo sobre la cabeza de un transeunte descuidado ó una pedrada en la ca-

beza asestada á mansalva, son sus recursos favoritos y estos no son difíciles de usar.

No obstante á veces estudian tambien sus víctimas á fin de no dar el golpe sin provecho, pero no es condición indispensable: se confían al acaso. Hay algunos de estos asaltantes que combinan sus golpes con habilidad pero son raros.

El Sargento Gomez me refirió á este respecto una hazaña del pardo Vilaró, llamado vulgarmente "el de los pavos" para distinguirlo de un tocayo que se llamaba "el de los mates", que es un caso típico de asaltante metido á ejercer *scruccho* á la alta escuela.

En la calle de Buen Orden al llegar á Brasil, había una platería de aquellas que antes abundaban en el barrio del sur, poblado casi todo por estancieros y gente de campo, cuyo comercio consistía en la venta de frenos, facones, espuelas y demas artículos similares, hechos de plata. La tienda era pequeña y lo poco de valor que contenía estaba encerrado en una vidriera movible, que descansaba sobre el mostrador hácia la derecha, frente á un pequeño ventanillo que daba á una pieza interior, por el cual el platero, cuando no estaba en el negocio, veía todo lo que pasaba en este.

La puerta de comunicación entre la tienda y la pieza interior quedada hácia la izquierda.

Una mañana el platero tomaba su desayuno, cuando derrepente vé entrar al negocio un pardo grande y fornido que levantando en alto la vidriera corría hácia la calle. Se echó tras él y consiguió hacerlo detener, pero ya no llevaba la vidriera ni fué posible dar con ella por mas pesquisas que se hicieron.

El detenido fué puesto en libertad y más tarde se jactaba del robo y de su astucia, diciendo :

—Amigo que son mulitas! . . . Yo tenía en la puerta de la platería un carro cargado de pasto verde, pero arreglado con un hueco en el médio : pasé, tiré la vidriera y seguí corriendo seguido del platero! Pobre hombre! Ni coceó y el carro se fué con la vidriera mientras á mi me enloquecian á preguntas en la Comisaría! . . . Vivós los mozos!

El panal en la lengua.

Los que hacen el *escracho* ó *cuentan el cuento*, son simplemente en buen romance, los estafadores, los más inteligentes, más astutos y más de buen tono del mundo lunfardo, son como si dijéramos, su aristocracia.

Y así son de odiados por sus congéneres los punguistas y los escrucchantes!

Estos se llaman *batidores* — delatores — y cuidan de ocultarles sus manejos lo más que pueden; pero todo es inútil, no escapan al ojo sagaz del estafador que es un infatigable caminador y que como anda día y noche por las calles en busca de *otarios* — víctimas — no deja de conocerles las guaridas y los *trabajos* en que andan ocupados. Se les oye decir con mucha frecuencia:

—Vea! El *trabajo* — robo — que hace un hombre se conoce en el modo de caminar! Si fuéramos de la policía, que pesquisas de mi flor!

El estafador, como el punguista, nunca camina solo. Siempre lleva á la distancia un compañero que le sirve para cualquier papel que sea necesario desempeñar.

Sus útiles de trabajo son simples: consisten solo en un diario doblado al cual le llaman el *toco mischo* — el montón pobre — ó el *balurdo* y en algunos cobres.

No se tienen por ladrones y siempre dicen: —Nosotros lo que hacemos es embromar á quien nos tiene por zonzos. A los *otarios* les contamos un cuento, les ofrecemos una

ganancia enorme y *encandilados* los clavamos: eso es todo! . . . No les hacemos daño, no los golpeamos, ni asustamos. . . . Si se clavan nadie tiene la culpa!

Si uno los apura, demostrándoles que son ladrones, exclaman:

—Bueno! . . . Entónces tambien los *otarios* lo son! . . . En el Brasil la ley los castiga como estafadores!

Individuos de estos he conocido, que cuando se les ha motejado de ladrones se han indignado.

—Yo ladrón? . . . no he estado preso jamás por eso, señor! . . . yo no tengo si no estafas. . . .

—Y la estafa no es robo?

—No señor, no es robo! . . . Dígame que va á hacer uno cuando vé *un tano* — napolitano — que á fuerza de no comer junta unos marengos y lo primero que hace es largarse á su tierra? . . . Quitárselos!!

—Pero eso es mal hecho!

—Pero señor ¿y uno va á tener la sangre fría de dejar que se lleve la plata del país?

—¿Y acaso la plata es tuya?

—Claro que es mía. . . . ¿crée que no soy argentino?

Y si es extranjero varía la respuesta diciendo:

— Mía no, pero si de mis hijos que han nacido aquí!

Hay pillo de estos para quienes es una mala noticia, saber que un trabajador extranjero ha abandonado el país llevándose una fortuna.

Alcachofa, el ladrón mas decididor que he conocido, decía siempre cuando lo llevabamos á la Comisaría:

— Aquí me *traín* señor siempre por lo mismo *secuestro de marengos* — parodiando el estilo de los partes policiales — á un gringo que quería volar!

Y este murió en su ley: lo mató una puñalada tirada por uno que, próximo á embarcarse llevando unos ahorros, se encontró en un minuto más pobre que Job.

El método de robo en que la inteligencia desempeña un papel más activo, es la estafa.

El buen resultado para el ladrón, depende de mil circunstancias que deben estudiarse, tales como el carácter del individuo candidato á robado, sus tendencias, sus aficiones, sus amistades, su parentela, etc.

Todo debe ser tenido en cuenta y no puede darse un paso sin premeditación, bajo pena de perder el tiro.

Por eso los estafadores veneran el tiempo: teniéndolo, son capaces de robar á un avaro.

Sus *trabajos* son largos pero seguros.

Rara vez emprenden ellos la tarea de estudiar el individuo á quien van á hacer víctima de su habilidad: ese es trabajo del auxiliar á quien ellos llaman *changador de otarios* y que permanece siempre en la sombra, aún cuando lleva la parte más gorda de la empresa.

Este auxiliar es por lo general un almacenero, que es el confidente de todos los artesanos y sirvientes de su barrio, un amigo desleal é infamemente codicioso, un pequeño negociante con apariencias de honorable, en fin, un individuo que á mansalva se informa de las peculiaridades de cada individuo y las vende luego á los que inventarán el cuento apropiado para despojarlo, los que fabricarán la gonzúa que les franqueará el acceso hasta la caja anhelada.

Jamás los estafadores dignos de fama, malogran un esfuerzo: cuando se determinan á dar su golpe es ya sobre seguro.

El vulgo generalmente dice:

— Amigo, que todavía haya tontos que se claven con estas cosas !

Esta frase es hija de la ignorancia: no es

que la víctima sea un tonto, no es que haya visto el lazo que le tienden, es que las cosas se le presentan con tal habilidad y con tal disimulo, que no hay previsión ni desconfianza que valgan.

Un buen día se encuentran con un paisano y amigo,—recién venido á estar á su declaración,—que les habla de la familia ausente, de la carta última que ha recibido, de las noticias en ella consignadas relativas al estado de ánimo y fortuna del pariente que está en América y este cree á pié juntillos que quién le habla es efectivamente persona de su pueblo, amigo de los suyos, uno de esos seres indiferentes cuyo recuerdo se ha borrado de la memoria con el transcurso del tiempo.

Y entablada la relación, establecida la confianza, pronto la empresa habrá llegado á su término.

El individuo es desconfiado y avaro?

El cuento que se prepara halagará su pasión predominante y será, no para que hable á su imaginación, sino á su juicio.

Es la víctima futura un imaginativo ó un aventurero que quiere forzar la suerte?

El cuento tendrá todos los caracteres necesarios para arrebatarlo.

El sargento Gomez y Regnier--mi maestro inolvidable más tarde, en los días en que ya la fortuna comenzó á sonreirme y que me sirvió de guía para penetrar en el bajo mundo social de Buenos Aires, cuyos misterios haré desfilas ante la vista de mis lectores en el curso de estas Memorias — me fueron enseñando poco á poco á distinguir los caracteres de las cosas que como en un kaleidoscopio pasaban ante mi vista.

El primero me contó algunas estafas en que él había intervenido como empleado, en el tiempo viejo, que son, para aquella época lejana, obras maestras de habilidad que si bien no pueden compararse con las de la época actual, que son verdaderas maravillas, dán ya una idea de lo que es el estafador y de los recursos de que echa mano para conseguir sus fines.

No le salvó ser ministro.

Era teniente cura en la Piedad allá por 18. . un asturiano llamado José Cañete y Puertas, —hombre ahorrativo y económico, amigo de las monedas como un judío y más deseoso de hacer fortuna que de llegar á conquistar fama de santo y verse un día adorado en pintarrajeada efigie por creyentes masculinos y femeninos.

A fuerza de guardar sus sueldos, limpiar las alcancías cuando podía y desplegar toda su astucia para cazar propinas y estipendios, había llegado á juntarse sus buenos cincuenta y cinco mil pesos de la antigua moneda, los cuales en billetes del Banco de la Provincia, dormían tranquilos en el fondo del inmenso baúl que lo acompañaba desde su tierra.

Cosa es que nunca pudo averiguarse, como dos lunfardos llegaron á conocer el tesoro de Cañete: el hecho es que se lo robaron de una manera ingeniosa.

Una tarde, al toque de oraciones, llegó á la sacristía un individuo al parecer italiano, cohibido, tímido, cortado y le dijo que un amigo suyo que estaba moribundó deseaba confesarse con él, que había sabido era **caritativo** y generoso.

—No puedo salir ahora.

—Pero señor. . . . el pobre Juan está enfermo. . . . mañana no hablará más. . . . por caridad vaya á verlo!

—No puedo y no puedo. . . . !

—Le haremos cualquier demostración. . . . tenemos dinero!

—Dinero? . . . cuánto me dará?

—Doscientos pesos!

—Bueno dónde es la casa ?

—Aquí cerca calle Paraná número setenta.

Y el cura Cañete próximo á tener un suplemento de doscientos pesos, entró contoneándose al número 70 de la calle de Paraná acompañado de aquél cuya oratoria había vencido su voluntad.

El número 70, era un cuartujo de mala muerte. El cura al penetrar, no encontró sino un miserable catre en un rincón y en él, agonizante, un hombre ya de edad.

Alumbraba la escena una luz mortecina, emanada de una vela colocada en el cuello de una botella.

El moribundo al entrar el sacerdote, levantó la cabeza toda reatada, y la dejó caer pesadamente sobre la bolsa que le servía de almohada.

—No se mueva, hermano! dijo Cañete con voz que quiso hacer tierna y acercando á la cama del enfermo la única silla que había en el cuarto, se sentó.

Su acompañante se paseaba cabizbajo á lo largo del muro más lejano del grupo.

El cura Cañete comenzó á hablar como interrogando, luego acercó más su silla al en-

fermo y volvió á escuchar lo que éste hablaba.

Derrepente se levantó y dirigiéndose al que había sido su acompañante, le dijo con tono compungido:

—Dá lástima, eh?... Ya vuelvo; voy á buscar un crucifijo... es necesario que ese pobre muera como buen cristiano que es!

Y salió.

El enfermero se acercó al enfermo y este le dijo con cara alegre:

—Pisó el palito... *cái* como un ángel!

Minutos después se sintió el taloneo del cura que esta vez venía como volando.

Volvió á acercarse al enfermo, habló algo con él y no tardó en dejarlo.

El enfermero lo salió acompañando y lo acompañó hasta la misma esquina de la iglesia: Cañete volvió varias veces la cabeza mientras atravesaba el átrio y allí estaba el pobre italiano mirándolo y poniendo una cara como de quien no puede aguantar el llanto.

Cañete siguió el largo pasadizo, que, abriéndose sobre el átrio, conduce á la sacristía y no bien desapareció, el acompañante echó á correr calle arriba.

Dos minutos después el cura atravesaba el átrio con la sotana levantada y llevando una bolsita en la mano.

Corrió hasta el número 70, y llamó: no obtuvo respuesta.

Siguió llamando apresurado y al fin, á los golpes, vino el almacenero de la esquina, quién al encontrarse con el cura se sorprendió y más al oírle decir :

—Dónde está el enfermo?

—¿Qué enfermo?

—El que vivía en este cuarto.

—Si este cuarto no está habitado todavía!.. Hoy me lo alquilaron unos mozos, pero aún no han traído sinó un catre. . .!

El cura no oyó más y salió en dirección á la comisaría á dar cuenta de que lo habían robado.

Se abrió la puerta y en el cuarto no se encontró sinó un catre y un cabo de vela.

Enfermo y enfermero se habían hecho humo.

Para engañar al pobre Cañete los ladrones halagaron su pasión dominante.

El enfermo le dijo que bajo de la almohada guardaba cinco mil pesos en oro,---que éntón-ces tenía un premio de ciento veinticinco por ciento--- y que quería dejarlos para misas, pero que deseaba dejarle cincuenta mil pesos papel á su cuñada que vivía en Flores y era el único pariente que tenía.

Cañete se ofreció para decir las misas.

El enfermo aceptó, pero agregó:

—Hay una dificultad. El dinero de mi cuñada quiero que lo lleve mi amigo que me ha ayudado tanto! Deseo darle algo á él, pero quisiera que no supiese que dejo para misas así, si usted pudiera cambiarme por papeles, yo haría el reparto mañana No he de morir todavía!

Cañete vió un negocio espléndido en el cambio y trajo sus pesos á pretesto del crucifijo, recibiendo por ellos una bolsita llena de balas achatadas.

Su amor á las monedas lo dejó en el mismo estado financiero en que llegó al país: todo fué pues, cuestión de comenzar de nuevo.

Jamás pudo dar la policía con los ingeniosos autores de este *cuento*.

Cupido y Caco.

Otro *scracho* ó *cuento* lindo—digno del anterior— es el que hubieron de hacerle á don José Robillotti, honrado italiano que á fuerza de labor había conseguido acumular unos dos mil nacionales.

El amigo Robillotti, viudo, vivía en una casa de inquilinato ubicada en la calle de Reconquista en compañía de Rosita, su hija.

La tal muchacha, con sus 14 años, su carita rosada y sus piernas gruesas y bien torneadas, era algo apetitoso y tentador y hacía la desesperación de los dandys del barrio, que no perdían ocasión de verla pasearse en la vereda con sus coquetos vestiditos rosa, sus delantales negros guarnecidos de trencilla punzó con pliegues de pestaña, haciendo cantar sus suequitos escotados y moviendo al son de esa música su cuerpo flexible y airoso.

Y luego los vestiditos que usaba!... Si eran lo más traidores: jamás cubrían las hermosas piernas tentadoras, calzadas por lo general con medias punzó.

Esas piernas eran para los adoradores de Rosita como la miel para las moscas.

Y ella lo sabía la muy mimada y sin embargo se hacía la inocente y las declaraciones más ardientes, los piropos más expresivos y más achicharradores, apenas le arrancaban como contestación un:

—Puerco!... Cochino!... Qué más se quisiera!... ¿Quiere ver que llamo á *me tatas!*

Frases con las que dejaba helados á sus novios que se contentaban con mirarla desde la esquina, blanqueando los ojos, retorciéndose el bigote, si lo tenían ó pellizcándose el

punto donde debieran tenerlo, y entregándose á toda suerte de ejercicios gimnásticos con sus respectivos bastones—cosa que creían la más sublime expresión del chic y la más elocuente prueba de su experiencia en asuntos amorosos.

Pero Rosita era insensible á estas demostraciones equilibristas!

Un buen día dejó de salir á la vereda y en el barrio se corrió la voz de que la visitaba un mozo, empleado de la municipalidad. Como no volvió á aparecer en la calle, sus adoradores, fastidiados, fueron á ser satélites de otras constelaciones.

Desde entónces se vió á Robíllotti acompañado de un jóven al parecer criollo, llevando con cierta elegancia un trajecito de saco, de esos que son una falsificación de *última moda*, — hechos con toda conciencia por un sastre baratillero — y que era de su misma opinión en todos los asuntos que trataban.

Evidentemente, era un yerno futuro: solo estos son capaces de pensar en todo igual á otro hombre; es privilegio de los que están por ser suegros, encontrar quien no los contradiga en nada.

Una tarde venía por bajo los sauces de Palermo el Sargento Gomez—cuando derrepente

se topó con un ladrón, conocido por el apodo de *Silvita* que, acompañando á un individuo que respiraba honradez por todos sus poros, se ocupaba en contar los árboles del bosque.

Sospechando que fuera una víctima futura del acompañante, le interrogó sobre lo que andaba haciendo y le encontró muy reservado y poco dispuesto á hablar de sus intenciones y miras.

Silvita, colorado hasta las orejas, se entretenía en mascar unas hojitas de sauce.

El sargento se llevó los dos ciudadanos á la comisaría y allí se descubrió el pastel.

El paseante del bosque—que no era otro que Robillotti—cuando supo que clase de pájaro era su acompañante, cantó de plano.

Dijo que este era el novio de su hija y que hacían seis días se la había pedido en matrimonio, declarándole que no podía casarse hasta no realizar un negocio que tenía entre manos.

Interrogado por él sobre la naturaleza de este negocio le había dicho :

— Yo soy empleado municipal y puedo sacar con facilidad el corte de todo el sauzal de Palermo. Pagan veinte centavos por cada árbol y dejan este á beneficio del contratista;

pero hay que dar una garantía de dos mil nacionales y yo no los tengo.

—Pero los tengo yo y es lo mismo, dijo Robillotti que habiendo sido carbonero, conocía el precio de la leña y como buen genovés calculó en un segundo que la fortuna llamaba á su puerta.

—¿Cuántos son los árboles?

—Amigo Robillotti, va á ser un sacrificio . . .

—Bueno! No hablemos más de eso. ¿Cuántos son los árboles?

—No lo sé.

—Mañana los contaremos ofrezca no más la garantía!

Y Robillotti andaba ya por largar *la mosca*, cuando para felicidad de su bolsillo, lo encontró el agente policial.

Silvita encontró cierta toda la relación del que hubo de ser su suegro y se contentó con decirle cínicamente:

—Que mi suegro este! Hubiese querido verle la cara cuando los *chafos* (vigilantes) lo hubieran agarrado cortando sauces!

Robillotti no paró hasta su casa.

Allí instruyó á Rosita sobre el fracaso de su casorio, y ésta, pasada la primera impresión, volvió de nuevo á la vereda á lucir sus pier-

nas torneadas y á hacer *cantar* á sus zuecos el aire con que acompañaba los movimientos graciosos de su cuerpo flexible.

El primer cliente .

Acababa de recibir su título de abogado y de instalar su estudio con toda coquetería.

Eran dos pequeñas piezas situadas en una casa de altos de la calle de Bolívar, puestas con la magnificencia que sus escasos recursos le habían permitido y que consideraba régia, dado el esfuerzo que le había costado alhajarlas.

Era en ellas un rey!

Qué pequeños y miserables conceptuaba, comparados con él, al estudiante de primer año que debía servirle de amanuense y que era un comprovinciano suyo y al gallego Manuel que le servía de mandadero.!

Ambos no le llamaban sino *el doctor*, como obligaban las tablillas que tenía á la puerta y le halagaba que no le olvidaran el título ni aún en la más insignificante emergencia de la vida.

Esa frase que se había ganado y que le distinguía de los demás mortales, le sonaba en el oído de una manera especial: la encontraba dulce, acariciadora, melodiosa.

Tres días hacían que á las doce en punto llegaba á su oficina vestido todo de negro, con levita y galera, llevando en la mano un rollo de papel, y que veía al amanuense y á Manuel que dejaban los dibujos y letras góticas que se ocupaban en borrar y le saludaban, volviendo á su tarea luego que él se instalaba en su escritorio con toda prosopopeya.

Ya esta escena se le iba haciendo familiar, cuando al cuarto día entra al estudio y en vez de hallar sus súbditos haciendo ensayos caligráficos, los encuentra nada ménos que parados al lado de la puerta como jugando á quien le abordaba primero.

Algo extraordinario le ocurrió que acontecía é interrogó al amanuense que con una presteza suma le contestó:

—Ha venido, doctor, un señor de edad, acompañado de una niña. Dijo que quería confiarle un asunto. Yo le dije que volviese á las doce y media.

El amor propio le impidió abrazar al amanuense.

Un cliente!

Ya le parecía que la fortuna estaba en su mano!

Comenzó á pasearse inquieto en el escritorio, hasta que oyó la voz de Manuel que decía: "ahí están" con un tono tal, que traducía á las claras su alegría por haber aventajado al amanuense en una información para el Doctor, que era el Dios de ambos.

No tardó en hallarse en su presencia un señor alto, de maneras distinguidas, vestido de negro, con el cabello blanco cortado en forma de melena.

Acompañábalo una niña de quince ó diez y seis años, esplendidamente bonita y vestida con una sencillez y una elegancia admirables.

Para más señas, tenía un hoyito en la barba que se llevaba los ojos de uno, como si no tuvieran dueño. Mientras duró la conferencia con el padre, no le quitaba la vista de encima y ella bajaba la suya, se ruborizaba y para disimular su turbación, jugaba con el abanico con un aire infantil que enloquecía.

Quedaron con el padre en que al día siguiente le llevaría los antecedentes de la cuestión que quería entablar, que era intrincadísima.

Le prometió, sin embargo, que la ganaría con costas y aún que haría encarcelar á la parte contraria.

Con qué ánsia esperó el día próximo!

Imagínenlo los que puedan, no olvidando que se trataba de su primer cliente y de una muchacha de quince años que tenía unos ojos más alegres que un informe *in voce* de cualquier abogadillo rampión!

Esa noche soñó con una porción de cosas bellas y todas ellas tenían algo que ver con la hija del cliente de la melena.

Llegó por fin el día y con él la hora de oficina.

Se hallaba en su escritorio y sin embargo le parecía que no era cierto; le faltaba el aplomo; el corazón le latía.

Paró un carruaje derrepente: se puso de pié como movido por un resorte.

Ahí estaban ella y él!

Cuando vió que no entraba sinó ella, casi se cayó: la emoción le paralizaba la lengua.

—Señor doctor, habiéndose enfermado mi padre. . . .

—Señorita. . . . señori. . . . ta, crea que. . . .

—. . . no puede concurrir y me. . . .

—Valiente! . . . Tanta incomodidad. . . . Tome Vd. asiento!

—. . . envía con estos papeles para que Vd. los revise!

Le tomó los papeles y cuando sus dedos rosados tocaron los suyos, sintió una comezón en el corazón, en la espalda y en las piernas, que, francamente, le hizo pasar un mal rato.

Ella, ruborosa, le miraba con sus ojos brillantes é incomparables.

Revisó los papeles á la ligera y se convenció de que no le daban luz alguna en la cuestión.

Lo manifestó así á la portadora y con este motivo entró en una agradable conversación que degeneró en charla bullanguera.

Cuando se despidieron eran lo más amigos y ella prometió volver al día siguiente á traerle nuevas luces, cosa que él no dudaba mirando sus hermosos ojos pardos, dulces y tiernos.

Las visitas para darle datos se repitieron unos seis ú ocho días. Durante ellos no se ocupó de clientes ni de nada: no tenía más preocupación que Angelina y ella según se lo había manifestado, en momentos en que la ternura llevaba á tocarse sus cabezas, no tenía tampoco más preocupación que *el doctor*.

Una tarde en que el idilio alcanzó proporciones alarmantes y en que su boca sedienta de besos, pedía y pedía sin cesar pruebas del amor que reflejaban los ojos de la hija del cliente respetable, esta le prometió la gloria: á

las doce de la noche le esperaba en la sala de su casa en la calle de las Artes, cuyo zaguán sería dejado entreabierto para darle paso.

Esta sentencia definitiva que se prometía á sus súplicas, le entreabría el cielo.

Toda esa tarde se creyó un Tenorio.

Con el último campanazo de las doce, dado por el reloj de San Nicolás, penetraba él sigilosamente á la casa de su amada y se arrojaba en sus brazos.

Un mundo de besos fué el saludo: era mudo pero espresivo.

Luego se encaminaron á tientas á una butaca, pero no se habían sentado aún, cuando en una de las puertas interiores apareció el respetable cliente con una vela en la mano y seguido de dos testigos.

La inocente muchacha aprovechó la confusión para hacerse humo.

El estaba alelado.

—Ha pretendido Vd. corromper á una menor. . . . los señores son testigos! Voy á labrar un acta y.

—Es inútil señor. . . . yo voy á retirarme!

—¿Sí? está bien! Sin embargo, sepa Vd. que si para dentro de tres días no me entrega dos mil nacionales, me presento á los

tribunales y le armo una cuestión que le dé por resultado perder su título cuando ménos!

Y se retiró alicaído y cabizbajo, mortificado por su amor propio ajado y deprimido y dejando en poder de su cliente un documento firmado en que constaban prolijamente las circunstancias y pormenores de su desventura.

Reflexionó con calma y vió que lo mejor era echar tierra al asunto y pagar sin decir una palabra.

Y pagó su chapetonada!

Testigos fueron las letras del Banco de la Provincia que conservó mucho tiempo como recuerdo de su primer cliente, que era nada ménos que el ladrón más sagaz y más fino que ha producido Buenos Aires.

Su nombre es conocido: el Cuervito.

Al revuelo.

Los lunfardos que *cuentan el cuento* dán á cada uno de sus robos un nombre distinto y apropiado á los médios que usan para efectuarlo.

Cuando estafan valiéndose de los sentimientos religiosos dicen que han hecho "un católico" y si han empleado el recurso de los papeles inservibles ó sea *el balurdo*, han hecho un *toco* ó un *vento mischo*.

Tambien tienen otro golpe lucrativo, que es *el cambio* ó sea el engaño, la mistificacion, otra prueba del ingenio de estos perdularios que si dedicaran su inventiva y sus facultades



á cosas útiles, producirian verdaderas maravillas.

Un señor, vestido con cierta elegancia, comienza á llegar á hora determinada á un alma-

cen cuyo propietario encierra en el fondo de su alma, un inmoderado deseo de lucro, que tal vez ha pasado desapercibido para el vulgo pero que el olfato finísimo de los estafadores ha descubierto.

Compra, por ejemplo, un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos, diariamente y á la misma hora: el almacenero nota la singularidad y designa á su cliente con el mote del "de los cigarrillos" llegando un momento en que ya el cliente no tiene ni necesidad de solicitar su consumo.

Cuando ya ha sido notado, pregunta un día si hay buen oporto ó buen coñac y toma una copita de pié, al lado del mostrador, con aires de hombre cuya dignidad se sentiría deprimida penetrando al despacho de bebidas donde pulula el vulgo de los bebedores.

Este pequeño consumo á hora fija, establece una especie de intimidad entre el almacenero y su cliente, que, como es locuaz y comunicativo, le hace saber que es un funcionario de categoría elevada, mas ó ménos en los ramos en que el almacenero pueda tener algun día necesidad de un buen padrino, ó sinó hombre de influencia en el círculo político dominante ó con el Comisario de la Sección ó con la Comisión de Higiene de la Parroquia.

Iniciada la amistad y luego intimada merced á la regularidad de! consumo de la copita y del buen pago diario, con propina de los dos ó tres centavos sobrantes y sin aceptar el fiado ofrecido, un buen día el hombre se saca un anillo con un gran solitario, ó un rico reloj de oro con cadena macisa y vistosa y dice al almacenero :

— Vea!Hágame el favor de hacerme tasar esta prenda con algún joyero de su confianza, algún amigo de conciencia...! Tengo necesidad de saber exactamente su precio!

El amacenero acepta complacido la comisión y al otro día le informa que la alhaja es riquísima y que puede valer como mínimum seiscientos pesos.

—Bueno amigo!Me alegro!Estoy salvado!Figúrese que necesito trescientos pesos por cuatro ó cinco días para un compromiso y un usurero á quien le llevé la prenda, me dijo que esta no era buena y que por ello, si me daba los pesos por cinco días, me cobraría cincuenta de interés.

—Que bárbaro, dice el almacenero, escandalizado, pero brillándole los ojos.

—Voy á buscar otro más humano, no le parece?

—Claro!

—Le dejo la prenda y le pago treinta pesos cuando más.

—Es natural. . . .!Vea, si no se ofende. . . . ocúpeme con confianza!Qué diablos para qué son los amigos?

Y cierran el trato.

A los dos días se presenta el cliente con un amigo que va á comprar la prenda en setecientos pesos y quiere verla.

El almacenero la trae, la vén, la revisan y luego se la devuelven y se retiran los amigos despues de un consumo moderado del “oportito” famoso ó del “coñaquito capaz de despertar un muerto.”

Y el cliente no vuelve á aparecer más por el almacén.

El almacenero, cansado de esperarlo, pone avisos en los diarios llamándolo, si es muy amigo de formas legales, pero constatando con dolor, recién, que ignora, no solamente el domicilio del cliente, sinó también su nombre y apellido.

La duda le asalta y va á ver al joyero que le tasó la prenda y este le declara rudamente que no es la misma que le llevó la primera vez, sino una de imitación.

Y aquí son los improperios, las maldiciones,

el lamento con todas las personas que entran al negocio, pero nada le vale: el *cambiao* se efectuó delante de sus ojos y no supo verlo y



los trescientos pesos volaron del cajón como por arte de encantamiento!

XV.

LOS MISTERIOS DE BUENOS AIRES.

Mi permanencia en el delicado servicio que tenía á su cargo el sargento Gomez, fué la mejor escuela de la vida á cuyas aulas yo pudiera concurrir y en ella aprendí á conocer este Buenos Aires bello y monstruoso, esta reunión informe de vicios y de virtudes, de grandezas y de miserias.

Yo penetré el movimiento de los hombres en sus calles estrechas, las pasiones que encierran los palacios y los conventillos, los intereses que se juegan diariamente desde la

Bolsa á los mercados y—nacido en las más humildes esferas, ascendí peldaño á peldaño la larga escala social tendida entre el humilde vigilante,—que parado en una esquina, expuesto á las inclemencias del tiempo, ignora todo lo que no se relacione con el pequeño rádio puesto á su cuidado y apenas sospecha los sucesos de más volúmen que ocurren fuera de su parada—y la vida turbulenta y accidentada de los hombres de mundo.

Todo lo que ví y aprendí en mi larga y penosa ascensión, todo desfilará en las páginas de estas Memorias y sinó en este volúmen en otro que le seguirá, reflejaré con toda la precisión que me sea dado, las cosas y los hombres que encontré en el andar de mi vida y los sucesos extraordinarios en que más de una vez tuve que actuar.

XVI.**EL HOMBRE PROVIDENCIAL.**

Un suceso criminal que despues relataré y que forma uno de los capítulos más importantes de mi vida, me proporcionó ocasión de distinguirme y fuí ascendido á sargento y nombrado en reemplazo del viejo Gomez que fué jubilado.

La noche del día en que recibí mi nombramiento, me retiraba á mi modesto cuarto de conventillo,—pues tiempo hacía que había dejado el que por meses ocupara en casa del Comisario,—é iba con el corazón lleno de ilu-

siones y cantándome en el alma un coro de alegría, cuando derrepente al volver la esquina de Piedad y Suipacha, me topé de manos á boca con un hombre que pretendió ocultarse en el hueco de una puerta.

Era un individuo correctamente vestido de negro, de levita perfectamente abrochada y sombrero de copa y llevaba bajo el brazo un bastón cuya contera reluciente, brillaba con los primeros rayos de la luna que comenzaba á alzarse sobre el átrio de San Miguel.

En el suelo y ante él, estaba un pequeño paquete y al lado el cajón de la basura perteneciente á la casa en cuyo umbral se había detenido.

Cuando se irguió, le conocí, apesar de hacer seis meses que no le veía: era el concurrente á las antecámaras del Ministerio del Interior, el visitante del mayordomo, D. Tomás Regnier, aquel hombre cuya miseria tanto me había llamado la atención en mis horas de guardia frente á la puerta de la sala de espera y cuya silueta he presentado al comenzar estas Memorias.

—Hola amigo, que hace?

—Que quiere que haga, señor vigilante! Disputaba á aquel atorrante—y alzando el

brazo me mostró un perro de esos callejeros, flaco y súcio, que parado sobre tres de sus cuatro patas por tener una enferma, nos miraba desde el ático—esos restos de pescado y de puchero que he envuelto en ese diario!

—Para qué?

—La pregunta!. Para cenar!. La vida hay que hacerla apesar de todo, señor vigilante!

—¿Dígame no es Vd. aquel hombre que concurría todas las tardes al Ministerio del Interior y que se iba á curar en la Convalecencia?

—El mismo, sí, el mismo!. Y Vd. quién es?

—No se acuerda de mí? Aquel agente que le dió cinco pesos para que fuera.

—Oh! Oh!. Si! Si!. Oh! me acuerdo bien, si!. Despues no lo he visto más!. Y eso que voy al Ministerio como siempre.!

—Y se curó?

—Muy bien, gracias, muy bien!. Hoy ya estoy sano de los vahidos—perfectamente sano—pero la posición ¿sabe Vd.? la posición social. eso sigue mal, muy mal!. La suerte es canalla!!

Me dió lástima aquel pobre ser enclenque y miserable, que disputaba á los perros callejeros su alimento y diciéndole que me siguiera



lo conduje hasta "La Croce di Malta" en la calle cortada del Mercado del Plata, donde á todas horas de la noche se encontraba un

pan, una botella de vino y un plato de *busecca*.

Allí, en una mesa, cerca de otra, donde un grupo de trasnochadores hacía su colación alegremente, nos sentamos los dos y luego que él saludó con complacencia y gran dignidad á los turbulentos vecinos, diciéndome, mientras movía la cabeza y sonreía: "son los muchachos de los diarios ¿sabe? los noticieros de la Pátria Argentina, La Nación, La Prensa, que vienen á conspirar contra los directores porque no les aumentan el sueldo", nos pusimos á comer.

De esa noche data mi amistad con el hombre extraordinario cuyas aventuras forman por sí solas el volúmen más curioso de la vida porteña que pueda imaginarse y data tambien mi engrandecimiento moral, pues, si bien yo le proporcioné los medios de regenerarse físicamente, él, en cambio, me dió álas, me arrebató consigo y me puso en aptitud no solo de hacer con brillo mi camino, sinó tambien de escribir estas Memorias, cuya primera parte termina por haber llegado el momento en que el vago de las cuchillas, el humilde soldado del 6º, alcanzando al puesto de sargento en la policía de Buenos Aires, pudo ensanchar la esfera de su acción y dejar á la espalda los días

.....

oscuros en que el anónimo mataba todas sus iniciativas é invalidaba sus penosos esfuerzos!

ÍNDICE

	PÁG.
I — Dos palabras	7
II — En los umbrales de la vida	9
III — El vaivén del mundo	13
IV — De oruga á mariposa	15
V — De pária á ciudadano	33
VI — El tufo porteño	37
VII — Mosaico criollo.	41
VIII — Los bocetos de un miope.	47
IX — Cinematógrafo.	55
X — La linterna de Regnier.	61
XI — Brochazos ministeriales	69
XII — Entre -telones policiales	73
XIII — Siempre adelante	79
	{ En la puerta de la cueva. 83
	{ Perspectivas 86
	{ Entre la cueva 88
	{ Ellas 93
	{ Ellos. 95
	{ El campana 96
	{ El arte es sublime. 99
	{ El Café de Cassoulet. 104
XIV — Mundo lunfardo	{ El burro de carga 108
	{ Los que cargan con la fama. 114
	{ El panal en la lengua. 116
	{ No le salvó ser ministro 122
	{ Cupido y Caco 127
	{ El primer cliente 132
	{ Al revuelo 138
XV — Los misterios de Buenos Aires.	145
XVI — El hombre providencial.	147

CATÁLOGO

DE

LIBROS VARIOS Á LA RÚSTICA

LAS GRANDES OBRAS ECONÓMICAS DEL DÍA

PONSÓN DU TERRAIL

(COLECCIÓN COMPLETA ROCAMBOLE)

Los Dramas de Paris.

	TOMOS	PESOS
La Herencia Misteriosa.	2	2.80
El Club de las Sotas de Copa	»	2.80
Hazañas de Rocambole.	3	4.20
El Desquite de Baccarat	1	1.40
Los Caballeros del Claro de Luna.	2	2.80
El Testamento de Grano de Sal	»	2.80

Los nuevos Dramas de Paris.

La Resurrección de Rocambole.	3	4.20
Los Extranguladores.	1	1.40
Los Millones } de la Gitana. { <i>Ultima palabra</i>	2	2.80
La Bella Jardinera	»	2.80

El Conde de Montecristo (1 tomo con láminas).	1	4.50
El Conde de Montecristo (1 tomito del res. de la Historia).	»	0.50

C. P. KOCH

La Casa Blanca.	1	0.50
Amor y Misterio.	»	0.50
Gustavo el Calavera.	»	0.50
El Músico ambulante.	»	0.50
El señor Avefría.	»	0.50
Las Muchachas de Trastienda.	2	1.—

A. BELOT

La Hija del Banquero.	1	1.—
Amor de Condesa.	»	1.—
Loca de Amor.	»	1.—
La Culebra.	»	1.—
La Mujer de Fuego.	»	1.—
La Jugadora.	»	1.—
Locuras de juventud.	»	1.—
La Boca de la Señora X.	»	1.—

EDUARDO GUTIERREZ

Los grandes Ladrones.	1	1.20
Un Capitan de Ladrones (ó sea An- tonio Larrea).	»	1.20
Carlo Lanza.	»	1.20
Lanza Gran Banquero.	»	1.20
La muerte de Buenos Aires.	»	1.20
El Tigre del Quequen.	»	1.20

	TOMOS	PESOS
Juan Manuel de Rosas.	1	1.20
La Mazorca.	»	1.20
Una tragedia de 12 años.	»	1.20
El Puñal del Tirano.	»	1.20
Siluetas Militares.	»	1.20
Amor Funesto.	»	1.20
Asesinato de Alvarez.	»	1.20
Los enterrados Vivos.	»	1.20
El Chacho.	»	1.50
Los Montoneros.	»	1.50
El Rastreador.	»	1.50
La muerte de un Héroe.	»	1.50
El Jorobado.	»	1.50
Astucia de una Negra.	»	1.50
Pastor Luna.	»	1.50
El Mataco.	»	1.50
Santos Vega.	»	1.50
Una Amistad hasta la muerte.	»	1.50
Juan sin Patria.	»	1.50
Hormiga Negra.	»	1.50
Juan Moreira.	»	1.50
Juan Cuello.	»	1.50
Los Hermanos Barrientos.	»	2.—
Dominga Rivadavia.	»	2.—
Infamias de una madre.	»	2.—



